

OBRAS DE MARIA MONTESSORI

EL NIÑO EN FAMILIA

TITULO ORIGINAL DE LA OBRA: "IL BAMBINO IN FAMIGLIA"

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL REALIZADA POR MARÍAGUADALUPE LLERANDI

La Página en Blanco

Nuestro método (que lleva un nombre personal para distinguirlo de tantos otros intentos modernos de crear nuevos tipos de escuela) ha dado ocasiones de descubrir en los niños características morales que no se habían observado antes. Vale la pena decir que surgió ante nuestros ojos la “figura nueva de un niño incomprendido”.

Por esto nos hemos dado a la acción social activa para hacer comprender mejor al niño y para obrar en su defensa y al reconocimiento de sus derechos. Porque, si existe una multitud de criaturas humanas débiles, que viven entre los fuertes sin ser comprendidas (y por lo tanto sin que jamás la voz oculta de sus profundas necesidades de vida alcance el nivel conciente de la sociedad de los adultos) tal hecho representa casi un abismo de males insospechados.

Cuando el niño nos mostró actitudes muy lejanas de aquellas creídas universalmente como propias de la infancia, fuimos conducidos a reflexionar sobre la gravedad de los errores cometidos antiguamente de manera inconsciente hacia la parte más delicada de la humanidad. Estas observaciones las realizamos con niños en las escuelas en las que se llevan nuestro método, son lugares de trabajo tranquilos donde el alma incomprendida se expande y se revela.

Los fenómenos que los niños nos mostraron fueron la revelación de un lado escondido del alma infantil. Su actividad mostró tendencias jamás consideradas ni por los psicólogos, ni por los educadores.

Los niños no se dirigían hacia las cosas que se suponía les gustaran, como por ejemplo los juguetes, ni se interesaban en relatos de historias fantásticas. Antes que nada, buscaban ser independientes del adulto, en todas las acciones que podían realizar por sí mismos: manifestando claramente el deseo de no ser ayudados, sino en caso de absoluta necesidad. Se mostraban tranquilos, absortos y concentrados en el trabajo, adquiriendo una calma y una serenidad sorprendentes.

Evidentemente, estas actividades espontáneas, que derivan de las misteriosas fuerzas de la vida interior, habían sido dominadas y escondidas por la intervención enérgica e inoportuna del adulto, quien creía hacer todo por el niño, sustituyendo con su actividad la actividad infantil y forzándolo a someterse continuamente a su iniciativa y a sus deseos.

Nosotros los adultos, al interpretar y tratar al niño nos hemos equivocado en algunos detalles de la educación. En cualquier forma imperfecta de escuela, hemos tomado un camino completamente errado; por lo tanto, se propone ahora una nueva pregunta social y moral. Entre el adulto y el niño ha nacido una discordia que es respetada desde hace siglos: hoy el niño ha agitado el equilibrio social entre las dos partes en lucha. Esta revolución es la que nos empuja a la acción, no solamente de los educadores, sino de todos los adultos, especialmente, los padres.

La vasta difusión de nuestro método, que ha informado a escuelas en todas las naciones, de varias razas con diferentes costumbres y cultura, ha demostrado la universalidad de una discordia entre el adulto y el niño que pone al hombre desde su nacimiento en un estado de opresión, mientras más inconsciente, más peligrosa. En las civilizaciones consideradas superiores (como la nuestra) la discordia se agudiza por las dificultades de la existencia social y por la lejanía evidente de la vida natural y de la libertad de acción.

El niño que vive en el ambiente creado por el adulto, vive en un ambiente inadecuado a las necesidades de su vida –no solamente físicas– sino también, y sobre todo, a las necesidades de desarrollo psíquicas y de expansión intelectual y moral. El niño es reprendido por un adulto más fuerte que él, que dispone de él y lo obliga a adaptarse a su ambiente con la reflexión demasiado ingenua de que algún día deberá vivir como personaje social.

Casi toda la acción llamada educativa está invadida por el concepto de provocar una adaptación del niño al mundo del adulto de forma directa y por lo tanto violenta, basándose en un sometimiento indiscutible y en una obediencia ilimitada, que conducen a la negación de la personalidad

infantil. Esta negación provoca que el niño se vuelva objeto de juicios, injurias y castigos injustos que el adulto jamás se permitiría realizar sobre otro adulto, aún si se tratara de una persona que le estuviera sometida.

Tal comportamiento es tan radical que prevalece en las familias aún hacia el hijo más amado y se intensifica después en la escuela que representa, casi siempre, el lugar donde se cumplen metódicamente las adaptaciones directas y prematuras a las necesidades del mundo del adulto: por lo tanto se encuentra el trabajo forzado y la disciplina dura, que ponen al delicado germen humano en el que se encuentra la semilla más pura de la vida espiritual, en un ambiente que le es extraño y nocivo. Con mucha frecuencia el acuerdo educativo entre la familia y la escuela se resuelve en una alianza de fuerzas contra el débil –hasta que esa vocecilla incierta y tímida no encuentra un eco en el mundo– y el pequeño, que busca ser escuchado, viene herido en el corazón de la injusticia y cae en la obscuridad, a menudo tremenda, del sometimiento.

En cambio, la obra justa y caritativa del adulto hacia el niño, debería ser la de prepararle “un ambiente apto”, diferente de aquel en el que opera el hombre fuerte y ya formado en su carácter. La actuación práctica de la educación, debería comenzar por la construcción de un ambiente, que cuide al niño de los obstáculos duros y peligrosos que podría proponerle el mundo del adulto. El albergue de las tempestades, el oasis en el desierto, el lugar espiritual y de paz por excelencia, donde se pueda actuar el mandamiento “servirás a Dios con alegría”, de hecho, debería ser creado en el mundo para asegurar la sana expansión del niño.

Nunca existió una cuestión social tan universal, como la que surge de la presión del niño. Los oprimidos, que gradualmente buscan su rescate en el desarrollo de la vida civil, fueron siempre una casta limitada: los esclavos, los siervos y finalmente los obreros. A menudo la solución del conflicto se obtuvo con la violencia, en la lucha abierta entre oprimidos y opresores. La guerra entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos, promovida por el presidente Lincoln para la suspensión de la esclavitud, la revolución francesa contra las clases dominante y finalmente las actuales

revoluciones con tendencias a realizar principios económicos nuevos, son ejemplo de formidables duelos entre grupos de adultos, que se dejaron engatusar en una maraña de errores inexplicables.

Pero la cuestión social del niño no tiene límites de casta, ni de raza, ni de nación. El niño al *no funcionar socialmente* es como, él solo, un apéndice de los hombres adultos. Cuando uno de los males que oprimen a una parte de la humanidad tiene ventaja sobre otra, llega a remover la compaginación social, o a ser solamente percibido por la conciencia colectiva, basta dar una ojeada para constatar que *allá entre los sufridos, los oprimidos, hay también niños*; casi todas las voces que se levantaron a favor de la infancia, señalaron al niño inocente, víctima de los dolores que gravaban al hombre adulto. Aquel apéndice del adulto, débil, sin voz hacia el derecho, frecuentemente golpeó los corazones y llamó hacia sí mismo un lamento especial de compasión, un acto particular de caridad. Se habló de niños oprimidos y de niños felices, de pobres y de ricos, de abandonados y de amados hasta el heroísmo, revelando así, reflejos en los gérmenes renacientes del hombre, los contrastes que se veían entre los adultos.

En efecto, ¿quién es el niño? Es una reproducción del hombre, que posee aquél germen como propiedad indiscutible. Nunca un esclavo fue propiedad del amo, como el niño lo es del adulto. Jamás existió un siervo cuya obediencia fuera cosa indiscutible y perpetua, como la del niño hacia el adulto. Nunca las leyes olvidaron los derechos del hombre, como lo hacen hacia los del niño. Jamás un obrero debió trabajar así como hubiera querido el jefe, sin ningún apelo posible, como el niño. El obrero tuvo sus horas de libertad en un refugio familiar, donde su voz humana encontraba eco en algún corazón. Nunca nadie trabajó como el niño, siempre sujeto al adulto que le imponía la duración del tiempo de trabajo y la del sueño, según sus propios criterios inapelables.

El niño fue juzgado socialmente como un ser “inexistente” en sí mismo, por lo tanto se deseó que los niños pudieran vivir en la casa confortable para los adultos con la mamá sabia y prudente y el padre trabajador, capaces de

cuidarlo; y que las escuelas reflejaran lo más posible el estado de la familia (escuela materna): pareciera que este fuera el voto más optimista que se pudiera formular para ellos.

Jamás el niño como personalidad en sí –diferente del adulto– se había asomado a la escena del mundo. Casi toda la moral y la filosofía de la vida se orientaron hacia el adulto; y cuestiones sociales de la infancia para la infancia nunca fueron propuestas.

El niño como personalidad importante en si misma –y que tiene necesidades diferentes a las del adulto y necesita satisfacerlas para alcanzar la altísima finalidad de la vida– nunca fue considerado. Él fue visto como un ser débil ayudado por el adulto: no como una personalidad humana sin derechos, oprimida por el adulto.

El niño, como hombre que trabaja, como víctima que sufre, como mejor compañero que nosotros, como ser que se sostiene en el camino de la vida, es una figura todavía desconocida. Sobre ella existe una página en blanco en la historia de la humanidad.

Es esta página en blanco la que queremos comenzar a llenar.

El Recién Nacido

¿Qué es nuestra civilización? Es una ayuda progresiva para facilitarle al hombre su adaptación a su medio ambiente. Si es así, ¿quién realiza un cambio de ambiente más repentino y más radical que el que realiza el niño que nace? Y, sin embargo, ¿qué cuidados ha creado nuestra civilización para ayudar al recién nacido, ese ser que debe someterse a la adaptación más difícil pasando de repente, al nacer, de una existencia a otra?

Por lo tanto, debería existir en la historia de la civilización humana una página antes de todas las otras, que debería explicar qué hace el hombre civilizado para ayudar a quien nace en su adaptación a un ambiente del todo diferente.

En cambio, no hay nada: la primera página del libro de la vida aún se debe escribir, ya que nadie ha tratado de descubrir las exigencias de nuevo ser humano.

No obstante, la experiencia nos hace conscientes de una terrible verdad: los males de la primera infancia los traemos con nosotros por el resto de nuestras vidas. La vida del embrión y las vicisitudes del niño son decisivas (esto es reconocido universalmente) para la salud del adulto y para el porvenir de la raza. Entonces, ¿por qué “el nacimiento”, el momento más difícil que el hombre tenga que superar en toda la vida, no es tomado en cuenta? ¿Cómo es que no se piensa que esta es una crisis terrible y difícil no sólo para la madre, sino también para el recién nacido?

El drama del recién nacido se debe a la separación absoluta de la madre, quien hasta ahora había hecho todo por él. Separado de ella y abandonado a sus propias fuerzas débiles, debe de inmediato realizar él solo todas las funciones de la vida. Hasta este momento había crecido, poco a poco y con cuidado, ahí, en donde un líquido templado creado para que él pudiera descansar, defendiéndolo de cualquier golpe, de cualquier desequilibrio de

temperatura; ahí donde no le había tocado ningún rayo de luz, y los ruidos llegaban atenuados.

Es así como, de repente, deja aquel ambiente para vivir en el aire. El cambio es tan radical, sin un estado de transición sucesivo: él, que antes estaba en reposo, de golpe, se debe sujetar al trabajo extenuante de venir a la luz. Su cuerpo es estrujado, casi como si obligaran a un adulto a pasar por un molino, que le cambiara las coyunturas. Nos llega, exhausto por el terrible contraste entre el perfecto reposo y el esfuerzo inenarrable que ha realizado. Es esposado, herido, como un peregrino que nos llega a de países lejanos. Y ¿qué hacemos para recibirlo, para ayudarlo? Todos se preocupan por la madre. El doctor de la un vistazo, para asegurarse que está vivo y sano, como si dijera “ahora estás vivo y sano, ¡arréglatelas como puedas!” Los parientes lo contemplan con gran alegría, conmovidos: su egoísmo es el ápice de la felicidad al recibir este don de Dios: “ha nacido un niño hermoso, ha nacido un hijo”. El niño satisface y realiza una esperanza feliz: el adulto tiene un hijo y su presencia en la familia reúne a todos en un sentimiento de amor.

El padre, tal vez, querrá ver sus ojos y tratará de abrirlos para saber de qué color son esos ojos que un día lo mirarán.

Pero mientras se trata de que la madre esté en penumbra y silencio, porque está cansada... ¿quién piensa en dejar al niño, que también está cansado, en penumbra y silencio para que pueda adaptarse poco a poco al nuevo ambiente? Nadie ve en el niño recién nacido al ser humano que sufre, ni piensa en la extrema sensibilidad de un cuerpecito que nadie ha tocado jamás, a sus reacciones, a las impresiones físicas innumerables, a cada contacto inusual.

Se dice: la naturaleza provee. Da la ayuda necesaria, y además, cada ser humano debe superar su propia prueba.

Pero la civilización ha creado en el hombre una segunda naturaleza, que supera y oprime a la primera y le impide desarrollarse libremente, como sucede con otras especies de la creación. Si observamos a los animales, la

madre esconde a sus pequeños y los protege de la luz por un determinado tiempo y los cubre con el calor y la suavidad de su cuerpo. La madre es muy celosa, no permite que los extraños se acerquen, no admite que sus pequeños sean cambiados de lugar, ni siquiera deja que los vean.

Para el recién nacido en cambio, ni la naturaleza, ni la civilización se toman la molestia de evitar la dura adaptación del ser más noble y delicado de la Creación.

Se piensa que si el niño ha nacido vivo, sea más que suficiente: la única meta visible es que no pierda la fuerza para seguir existiendo. El recién nacido, contraído por su origen, viene vestido inmediatamente, en algún tiempo era envuelto en vendas y sus frágiles miembros eran forzados a permanecer estirados.

Se diría que el niño es robusto, que se adapta y resiste: pero ¿acaso tenemos fuerzas de resistencia, de adaptación? ¿Por qué entonces nos calentamos durante el invierno, tenemos tapetes mullidos y sillones cómodos y tratamos de hacernos la vida lo más agradable posible? ¿Acaso no somos más fuertes que el niño recién nacido? Entonces ¿por qué no vivimos abandonados en un bosque, dado que somos fuertes?

También la muerte, como el nacimiento, es una ley de la naturaleza, a la que todos nos debemos someter. ¿Por qué tratamos a toda costa de aliviar ese momento terrible, por qué, sabiendo que no podemos vencer a la muerte, queremos hacerla lo menos penosa posible, y en cambio, no se piensa en aliviar los sufrimientos del nacimiento?

Por lo tanto, existe en nosotros un vacío extraño: algo ciego en nuestro espíritu y en la civilización que hemos construido: algo que es similar a la mancha ciega en el fondo del ojo: la mancha ciega en el fondo de la vida.

Se deberá llegar a la plena comprensión de la **STASI (término médico que define la disminución de la velocidad de la sangre “stasi linfática”)** del recién nacido y aparecerá entonces la necesidad absoluta de facilitar el inicio de la nueva vida infantil. El niño que nace deberá convertirse en el

objeto de sabios cuidados. Tomar al niño recién nacido es algo muy delicado: no se le puede mover si no es con extremada lentitud. Se entenderá que en el primer momento, en el primer mes, al niño se le debe dejar tranquilo. En la historia, de hecho, en la vestimenta de los recién nacidos se encuentra una gradual disminución de piezas hasta el día de hoy, en el que se ha reducido a poquísimo: se entenderá que el niño debe permanecer desnudo, calentado por la temperatura del ambiente; es más, que la indumentaria no le ayuda mucho pues no tiene -----.

Ahora no quiero insistir en este argumento porque estoy segura de que cada mujer podría decirme que ignoro los cuidados prestados al niño en su respectivo país; pero podría responder que conozco tales culturas, las he estudiado en diferentes países, observándolas apasionadamente, y he encontrado que falta, y lo repito, falta la conciencia necesaria para recibir dignamente al hombre que nace.

Es verdad que se hace todo lo que se puede, pero qué es el progreso si no ver lo que antes no se veía y hacer lo que antes no se hacía, agregando nuevas cosas a lo que parecía completo y perfecto.

El niño no es comprendido dignamente en ningún lugar.

El temor de que el niño cree daños o sea fastidioso lo mostramos desde el primer momento: tenemos como un instinto de defensa contra él, un instinto de defensa celosa y de avaricia por las cosas que poseemos, aún si no tienen ningún valor.

Desde ese momento se vive en esa forma; siempre el ánimo del adulto reafirma este hecho: cuidar que el niño no arruine, no ensucie y no moleste, no impida el desarrollo tranquilo de nuestra vida cotidiana.

Cuando se tiene a un niño en casa, es necesario no sólo correr a salvar todas las cosas y huir para no ser molestados; es necesario combatir los dichos caprichos, para que no sea víctima de ellos y se convierta en una persona bien educada. He aquí que aparece el primer deber moral.

Pero al realizarlo, cometemos profundos errores de incomprensión y entendemos como caprichosas algunas actitudes del niño, que en absoluto lo son.

Existe, por ejemplo, un instinto que comienza a relevarse en el primer año de vida y que llega a su manifestación máxima a los dos años: para construir su propia mente, el niño necesita ver las cosas siempre en el mismo lugar y ver que sean usadas sólo para lo que fueron destinadas. Si esto no se lleva a cabo, y alguien perturba el orden o la destinación de los objetos, él pequeño se siente ofendido y herido, se crea en él un obstáculo y entonces se defiende, defendiendo las cosas, haciéndolas permanecer, en la medida de lo posible en el mismo modo, como debiera ser.

Es una verdadera necesidad de vida, lo vemos en nuestras escuelas, donde los niños pequeñísimos tienen el instinto de poner todas las cosas en su lugar y de encontrar las cosas como las habían visto.

Demos algunos ejemplos.

Un niño ve un poco de arena en el piso y la está observando; la madre se da cuenta de la arena regada y la limpia. El niño llora desesperadamente y la madre no lo comprende; el niño va por la arena y la pone en el mismo lugar donde la encontró y nuevamente se pone a observarla; entonces la madre entiende la razón del llanto y cree que se trata de un capricho.

Otra madre tiene calor, se quita el suéter y se lo cuelga en el brazo; el niño llora y nadie sabe por qué; la madre se vuelve a poner el suéter y el niño se calma: había visto una cosa fuera de lugar y esto lo había turbado.

El adulto piensa en corregir al niño de estos defectos: pero quisiera dejar claro que es inútil corregir defectos que no tendrá cuando será adulto, ¡un adulto no se pondrá a llorar si la señora que está con él se quita el suéter!

Si no comprendemos el hecho en sí y lo creemos un capricho, debemos comprender por lo menos que el defecto desaparecerá y que, por lo tanto,

es inútil preocuparse. Cuando nos dirigimos por este camino, comenzamos a entender muchas cosas y a amar al niño con sus defectitos lindos, que no estarán ya en el adulto malicioso y complicado; diría que deberíamos disfrutarlos y entristecernos al pensar que están destinados a desaparecer.

Otro ejemplo: un niño de dos años, al que una niñera bañaba en la misma bañera, siempre del mismo modo; tuvo que ausentarse y ser sustituida por una colega. Con la nueva niñera, el niño lloraba cada vez que lo llevaba a bañar y no se sabía la razón. Regresó la primera niñera y le preguntó al niño: “¿Por qué llorabas? ¿No era buena la otra mujer?” El niño respondió: “No, porque me bañaba al contrario” En el lugar en el que una ponía la cabeza, la otra ponía los pies. La necesidad de ver las cosas siempre iguales, era parte de su vida y él lo defendía como podía. A esta defensa la llamamos “el capricho” del niño.

El Embrión Espiritual

El “embrión espiritual” es el recién nacido, considerado como espíritu encerrado en la carne para venir al mundo.

La ciencia en cambio, considera que el nuevo ser vino de la nada. Entonces no es espíritu sino carne, solamente se verifica en él el desarrollo de los tejidos y de los órganos que componen a todo ser viviente. También esto es un misterio: ¿cómo es que ese cuerpo complejo y con vida llegó de la nada?

La figura del recién nacido es el impresionante punto de partida. El niño nace inerte y permanecerá inerte por largo tiempo, incapaz de mantenerse erguido, con necesidad de atenciones como un enfermo, como un paralítico; el niño, mudo, no hará sentir su voz, durante mucho tiempo, mas que en el llanto, en el grito del sufrimiento; hará que vengan a él como a un ser que implora ayuda. Sólo después de mucho tiempo, después de meses, de un año entero, y en ocasiones más, dejará de ser enfermo, será el cuerpo de un hombre-niño. Después de meses, años, su voz será la voz de un hombre.

Fenómenos psíquicos y fisiológicos determinados de crecimiento, habrán realizado de este modo la “encarnación”.

Encarnación es el proceso misterioso de una energía que animará al cuerpo inerte del recién nacido y le dará el uso de sus miembros, la facultad de la palabra, el poder de actuar y de expresarse según su propia voluntad: así el hombre será encarnado.

De hecho es impresionante que el niño nazca y se mantenga inerte por largo tiempo, mientras los cachorros de los mamíferos, casi inmediatamente después del nacimiento, o al menos después de breve tiempo, ya se sostienen, caminan, corren detrás de la madre, tienen el lenguaje que le pertenece a su especie, por cuanto débil e imperfecto sea aún. Los gatitos maúllan verdaderamente, los corderitos tienen tímidos balidos, el potrillo relincha -débiles voces: en el mundo no se escuchan

gritos y lamentos de animales recién nacidos. El tiempo de su preparación es rápido, esta preparación es fácil, los animales nacen, se podría decir, ya animados por el instinto que determinará sus acciones. Poco después del nacimiento, se puede notar la felina agilidad del pequeño tigre, o como saltará el cabrito, que se puede parar apenas nacido. Cada ser que llega al mundo no es sólo un cuerpo físico; tiene en sí funciones latentes que no son aquellas de sus órganos fisiológicos, sino las funciones que dependen del instinto. Todos los instintos se manifiestan con movimiento y representan características de la especie, que son constantes y distintivas de la misma forma del cuerpo. El animal, como dice la palabra, es caracterizado por la animación, del alma, no de la forma. Podemos poner juntos estas características que no pertenecen al organismo vegetativo y llamarlas características psíquicas. Ahora, estas características se encuentran ya en los animales desde su nacimiento: ¿por qué propio el hombre-niño está desprovisto de ellas?

Una teoría científica explica que los movimientos de los animales son la consecuencia de experiencias hechas por la especie en épocas precedentes y se transmiten por herencia. ¿Por qué es justo el hombre quien se resiste a heredar a sus antepasados? Y, sin embargo, los hombres siempre han caminado erguidos, siempre han hablado un lenguaje articulado, siempre han tenido cuidado de comunicar a su descendencia aquello que han aprendido.

Debe haber una verdad escondida bajo estas contradicciones. Recorramos por un momento un ejemplo, aunque no tenga nada que ver con nuestro argumento: la comparación con los objetos que nosotros mismos producimos. Hay objetos que se producen en serie, todos iguales entre sí: se producen con rapidez, con un molde o con una máquina. Otros objetos se hacen a mano, lentamente, y cada uno es diferente al otro. El valor de los objetos realizados a mano es que cada uno lleva la firma directa del autor. La huella de la habilidad de una costurera, la de un genio, si se trata de una obra de arte. Así podría decirse de la diferencia psíquica que existe entre un animal y un hombre: el animal es como el objeto fabricado en serie; cada individuo reproduce las características uniformes fijadas en

toda la especie. El hombre, en cambio, es como el objeto hecho a mano: cada uno es diferente del otro, cada uno tiene un espíritu creador propio, que hace de él una obra de arte de la naturaleza. Pero el trabajo es lento y es largo. Antes de que aparezcan los efectos externos, debe existir un trabajo íntimo, que no es la reproducción de un tipo fijo, sino la creación activa de un tipo nuevo: es entonces un enigma, un resultado a sorpresa. Este trabajo ha sido por mucho tiempo interior, justo como el que se realiza en la obra de arte, que el autor cuida en la intimidad de su estudio y la modifica y la transforma antes de mostrarla al público.

El trabajo a través del cual se forma la personalidad humana, es la obra oculta de la encarnación. El hombre inerte es un enigma. La única cosa que se sabe de él es que podrá todo, pero no es posible saber quién será, o que cosa hará el recién nacido que está frente a nosotros. Un cuerpo inerte contiene el mecanismo más complejo entre todos los mecanismos de los seres vivos, le pertenece. El hombre se pertenece a sí mismo: debe encarnarse con la ayuda de su propia voluntad. Los músicos, los cantantes con voces sublimes, los artistas, los deportistas, los tiranos, los héroes, los delincuentes, los santos, todos nacieron de la misma manera, todos han llevado consigo un enigma que se desarrolla en el individuo singularmente, y que podrá ser descifrado con su propia actividad en el mundo.

El fenómeno del niño inerte desde nacimiento ha sido siempre constatado, dando lugar a reflexiones filosóficas, pero hasta ahora no ha llamado la atención de los médicos, ni de los psicólogos, ni de los educadores: ha permanecido uno de tantos hechos evidentes, sobre los cuales no hay que hacer otra cosa más que constatarlos. Muchos fenómenos permanecen así por mucho tiempo, dejados a un lado, cerrados bajo llave entre los depósitos del subconsciente. Sin embargo, en la práctica de la vida consuetudina, estas condiciones de la naturaleza infantil han traído muchas consecuencias, que representan un gran peligro para la vida psíquica del niño. Tales condiciones nos han hecho pensar, equivocadamente, que no solamente los músculos fuesen pasivos, es decir, que no fuera la carne la única inerte, sino que el mismo niño fuera un ser pasivo, carente de vida

psíquica. De frente al espectáculo –magnífico, aunque lento en su expansión– el adulto se convence erróneamente que es él quien anima al niño con sus cuidados y su ayuda. Entonces lo toma como un deber, como una responsabilidad: el adulto se representa a sí mismo como el escultor del niño, el constructor de su vida psíquica. Supuso que podía cumplir desde afuera, una obra creativa, estimulándolo, dándole direcciones y sugerencias, para desarrollar en el niño inteligencia, sentimiento y voluntad. El adulto se ha atribuido un poder casi divino: ha terminado por creer ser él el dios del niño, y ha pensado de sí mismo todo lo que se ha dicho en el Génesis: “Yo crearé un hombre a mi imagen y semejanza.” La soberbia ha sido el primer pecado del hombre: La causa de la miseria de toda su descendencia fue substituirse a Dios. De hecho si el niño lleva en sí la llave de su propio enigma individual, si tiene direcciones de desarrollo, es debido a un plano psíquico dado, lo tiene en un estado potencia, extremadamente delicado en su intento de realización. Ahora la intervención intempestiva del individuo adulto, voluntarioso, exaltado por su poder ilusorio, puede cancelar aquellos designios o desviar las realizaciones ocultas. Sí, el adulto ha podido contrariar el diseño divino desde los orígenes del hombre. Así ha sido de generación en generación, el hombre creció deformado en su encarnación. El gran problema es este: el niño posee una vida psíquica activa aún cuando no pueda manifestarla, porque debe elaborar, durante largo tiempo y en secreto, las difíciles conexiones.

Este concepto hace aparecer una verdad impresionante: la de un alma prisionera, oscura, que busca ver la luz, nacer, crecer, y que va, poco a poco, animando la carne inerte, llamándola con el grito de la voluntad, asomándose a la luz de la conciencia con el esfuerzo de un ser que viene al mundo. Pero en el nuevo ambiente, es otro ser, de poder enorme, gigantesco, que lo espera y lo domina. Nada está preparado para recibir a este magnífico hecho de la encarnación de un hombre. Ninguna protección está prevista para una empresa tan delicada; un esfuerzo tan difícil no tiene ninguna ayuda, todo se convierte en obstáculos.

El niño que se encarna es un embrión espiritual que debe vivir, por sí mismo, en el ambiente. Pero como el embrión materno, así este embrión espiritual tiene la necesidad de ser protegido por un ambiente externo animado, cálido, amoroso, rico de nutrición, donde todo lo reciba y nada lo obstaculice.

Una vez entendida esta realidad, el adulto debe cambiar su forma de ser ante el niño. La figura del niño, embrión espiritual que se está encarnando, nos sacude, nos impone nuevas responsabilidades. Aquel cuerpecito tierno y gracioso que adoramos colmándolo únicamente de cuidados físicos, y que casi es un juguete entre nuestras manos, asume otro aspecto e infunde reverencia. *Multa debetur puero reverentia.*

La encarnación cuesta fatigas ocultas: alrededor de este trabajo creador, se realiza un drama desconocido que no ha sido escrito aún. Ningún ser creado puede concebir la sensación de la voluntad que todavía no existe, pero que deberá comandar a cosas inertes, para hacerlas activas y disciplinadas. Apenas una vida incierta y delicada aflora a la conciencia, poniendo a los sentidos en relación con el ambiente, se lanza a través de los músculos, en el perpetuo esfuerzo por realizarse. Es necesario que este esfuerzo oculto del niño sea sagrado. Es necesario que esta manifestación laboriosa nos encuentre listos, porque es en este período creador que se determina la futura personalidad del hombre. Ante tal responsabilidad, surge el deber de trabajar para sondear, con la ayuda de los métodos científicos, las necesidades psíquicas del pequeño y prepararle un ambiente vital. Es la primera palabra de una ciencia con un largo desarrollo, a la que el adulto deberá ofrecer la colaboración de la propia inteligencia, porque necesitará trabajar mucho antes de poder decir la última palabra sobre el conocimiento del desarrollo humano.

Maestro de Amor

El niño es extremadamente sensible a todo lo que siente del adulto y quisiera obedecerle: no tenemos idea de cómo esté dispuesto a obedecernos desde cada una de las fibras de su cuerpo, en modo perfecto, siempre: es más, esto es lo que lo caracteriza. He aquí una pequeña anécdota: un niño pone la pantufla en la cama y su mamá le dice: “La pantufla está sucia, no se pone ahí”, y limpia con una mano la colcha. Entonces el niño cada vez que ve las pantuflas repite: “está sucia” y con las manos va a limpiar la colcha de la cama.

Qué queremos decir: El niño es sensible a un punto extremo, a tal grado impresionable que el adulto debería vigilar todos los actos y palabras, porque éstos se le grabaran en la mente. Él es todo obediencia, porque la obediencia, para él, es la vida.

El adulto es un ser venerable, amado, de cuya boca surge la sabiduría que lo guía; el niño es tocado, como si un proyectil espiritual le entrara en el corazón.

Ante un capricho debemos por lo tanto, pensar que esto puede ser un acto vital, una defensa profunda, y reflexionar que el niño está siempre listo a amarnos y obedecernos.

El niño ama al adulto: esto debe estar siempre presente en nuestro espíritu. Decios: “¡El adulto ama al niño, la madre ama al niño!” Hasta decimos: “¡La maestra ama a los niños!”

Dicen que es necesario enseñar a los niños a amar a la madre, al padre, a la maestra; es necesario enseñarles a amar todo y a todos. ¿Quién es este maestro de amor que quiere enseñar a los niños a amar? ¿Acaso es aquel que juzga como caprichos todas sus manifestaciones y que piensa en defenderse contra ellos? El adulto no puede convertirse en maestro de amor sin un ejercicio especial y sin abrir los ojos de la conciencia, para ver un mundo más vasto.

El niño ama muchísimo al adulto. Cuando va a la cama, siempre quiere que una persona amada esté con él. Sin embargo, la persona amada dice: “Hay que impedir este capricho: el niño no debe adquirir esta mala costumbre de no saber dormirse sin que alguien esté cerca”.

O bien otro ejemplo: “El niño quiere ir a la mesa con nosotros y llora si no lo dejamos, ¡como si pretendiera que no comiéramos!” Esta es la voz del adulto, sin amor hacia el niño.

El niño desea estar presente cuando sus seres queridos comen; él no come pues es un pequeño en el primer año de vida y toma solamente leche. Sin embargo, llora mientras comemos y si lo tuviéramos en la mesa con nosotros no lloraría; o bien se lamenta cuando quien come se olvida de él: quiere que le vean y que lo consideren en la conversación.

¿Quién más llorará durante todo un día por el deseo inmenso de vernos, aunque esté en ayunas, mientras nosotros comemos?

Un día, tristemente diremos: “No hay nadie que llore por el deseo de tenerme cerca cuando está por dormirse. Todos piensan en si mismos, se duermen llenos de pensamientos del día transcurrido, ¡nadie se acuerda de mí!

Sólo el niño se acuerda y todas las noches dice: “¡No me dejes, quédate cerca de mí!” , y el adulto responde: “No puedo, tengo qué hacer, ¿qué es este capricho?” Entonces piensa en corregirlo, porque de lo contrario ¡nos haría a todos esclavos de su amor!

En ocasiones el niño se despierta en la mañana y va a despertar a papá y a mamá que quisieran dormir: este es el capricho del que todos se quejan. Pero el niño que baja de la cama es un ser puro que hace aquello que deberían hacer todos: Cuando sale el sol todos deberían levantarse, pero los padres todavía duermen y este pequeño se va, como si dijera: “Aprendan a vivir sanamente, en la mañana se deben despertar”. Pero el niño no es un maestro, solamente va a verlos porque los ama; apenas se despierta, su deseo lo lleva a las personas que ama; tal vez tendrá que

atravesar cuartos aún oscuros, cerrados para no dejar entrar la luz demasiado temprano; el niño va, se tropieza, no tiene miedo de la oscuridad, no tiene miedo de las puertas medio cerradas y llega cerca al padre y a la madre y los toca dulcemente. Cuantas veces le dicen: “¡Niño, no me despiertes en la mañana!” y el niño responde “¡No te desperté, sólo te di un beso!” y los padres piensan en cómo corregirlo. Pero ¿en qué otra ocasión durante nuestra vida sucederá que alguien, apenas se despierte, desee correr hacia nosotros, superando cualquier dificultad, sin la intención de despertarnos, sino de darnos solamente un beso? ¿Quién más hace esto por nosotros?

El niño que ama despierta, no solamente en la mañana, al padre y a la madre, que muy frecuentemente se duermen en la vida. Todos tenemos la tendencia a dormirnos sobre la cosas y hace falta un ser nuevo que nos despierte y nos tenga atentos con maneras que no sean nuestras, alguien que actúe de manera diferente y cada mañana venga a decirnos: “Mira, hay una vida mejor, aprende a vivirla”

Vivir mejor, porque el hombre va degenerándose y el niño lo ayuda a subir. Si el adulto no hace caso, se pierda y poco a poco se cubre de una costra dura y se vuelve insensible.

La Educación Nueva

Se escucha repetir por todas partes que la educación debe comenzar desde el nacimiento. Pero, el cómo hacerlo queda siempre como un punto interrogativo. Parece algo absolutamente teórico e imposible de realizar en la práctica, a menos que no se quiera entender como cuidados higiénicos del niño; hay médicos que han pensado hacer ejercicios especiales en el primer año de edad, moviendo sus brazos, las piernas y ayudándolo a conquistar aquellos movimientos que deberán poder hacer un día. Nosotros vemos esto como un error, tenemos la sensibilidad de reconocer que el pobre recién nacido tiene tanto que hacer y que es ofendido con este tipo de educación. En lugar de limitarnos a esta sensibilidad, podemos responder con un principio claro: concebir la educación de un recién nacido en ese modo es un error, porque nosotros sabemos que el adulto que mueve los miembros del niño sustituye su acción a la del niño, aplicando un error que es universal. El adulto no debe sustituirse al niño, sino que debe retirarse siempre en la pasividad y proceder siempre en la más profunda comprensión del niño.

Los movimientos deben venir del interno, dictados por el organismo de la vida interior; es esta organización a la que nosotros hemos dado el nombre de *encarnación*.

Los músculos no se pueden considerar en su pleno desarrollo si no están al servicio de la voluntad. Los movimientos son la expresión de una personalidad que actúa. No podemos hacer otra cosa que esperar a que la vida se organice, pero debemos desarrollar en nosotros mismos la posibilidad de poderla comprender mientras se desarrolla, faltando esa posibilidad de expresión y especialmente de lenguaje, que sólo nos podría expresar en modo preciso la voluntad del individuo. Esta mayor comprensión se adquiere poco a poco, pero es evidente que primero es necesario tener fe, una certidumbre de que existe algo que hay que observar.

Generalmente tomamos al niño y lo ponemos apartado, considerándolo como un cuerpo vegetativo o un individuo incómodo porque necesita de muchos cuidados y molesta al adulto con su llanto; lo hemos apartado durante mucho tiempo, hasta que no haya cumplido una obra colosal, durante un año, sin ocuparnos de su vida psíquica. Es verdad que las religiones han considerado la personalidad humana aún en el pequeño niño. Los cristianos bautizaron al niño, ya que en él existe un alma y reconocen la vida psíquica. Pero, más allá de esto, no consideran la individualidad latente, que está en él, en un período de importancia fundamental para todo el desarrollo de la personalidad. Porque un error es más dañino cuando las consecuencias recaen en algo que está en proceso de desarrollo y no cuando recaen en algo que ya ha alcanzado su completo desarrollo; de esta forma, un error por el que se ha turbado el desarrollo del niño es particularmente grave porque puede influir sobre la totalidad de la personalidad que se debe formar. Debemos comprender, por lo tanto, que este problema es de importancia fundamental, no sólo en la educación sino en la historia de la humanidad.

Deberíamos tratar de observar esas manifestaciones leves, que demuestran como la vida psíquica del niño se desarrolla inmediatamente desde el nacimiento y va adquiriendo un desarrollo muy notable desde los primeros meses de existencia.

El niño pequeño, aún cuando ha crecido un poco, es definido por los educadores como *cera suave*, que se puede modelar al gusto propio. Ahora, la idea es verdadera en la definición de *cera suave*, pero el error es que el educador deba aprovecharse de esta condición para modelar al niño. En cambio el niño debe modelarse a sí mismo; esta es la condición *sine qua non*, el principio por el que el niño está verdaderamente animado aún en sus órganos de expresión. El individuo adulto, amo posesivo de estos pequeños seres, puede cancelar los esbozos de las formas que el niño comienza a dar a su propia *cera suave*, con una intervención ciega, bárbara e inoportuna; si dijéramos con una intervención infernal, diabólica, no exageraríamos.

Cuenta una leyenda japonesa que los niños muertos y ascendidos a la vida eterna, en el más allá se afanaban por construir pequeñas torres con varias piedrecillas y que algunos demonios malvados tiraban estas torrecillas con más rapidez de la que los niños las construían. Este sería el tormento del niño.

Pues bien, la acción del adulto es justamente esta acción, la cual, aunque no es guiada por la voluntad, es diabólica en sus efectos de destrucción y disgregación de todo lo que el niño va construyendo laboriosa y delicadamente en su vida interior; el adulto no se da cuenta, el niño comienza otra vez, el adulto vuelve a destruir. Esta lucha se da desde que el niño está absolutamente inerte y no sabe organizar sus propios movimientos ni hablar.

Ahora se comprende como en un período tan delicado sea tan importante la educación (aún más importante que en el período venidero), en el sentido que el adulto se vuelva pasivo, que no intervenga ciegamente o inoportunamente, para no volverse una fuerza disgregadora y destructiva.

Para regresar al infierno y al diablo, podemos tener presentes dos ideas: que la bondad divina crea y el mal diabólico destruye. Podemos escoger nuestro camino como educadores, y para decidirlo, es necesario que comprendamos con nuestra sensibilidad la acción necesaria para ayudar a la construcción del niño, comprender que es necesario inhibirnos a nosotros mismos para no volvernos demonios, es decir, destructivos. Quien crea es el niño, no somos ciertamente nosotros. Esta idea debe estar clara, pero no es fácil que lo esté en las mentes comunes, porque vivimos en el prejuicio de ser nosotros, los adultos, los creadores de la nueva vida. Por lo tanto, es necesario un trabajo de depuración, tenemos que liberarnos de los prejuicios de nuestra ilusión de omnipotencia diabólica e inoportuna.

Hecho esto, debemos buscar comprender mejor la personalidad del niño. Mientras tanto, el primer deber para el educador, ya sea que tenga que ocuparse del recién nacido o del infante, es el de reconocer la personalidad humana del ser nuevo, y de respetarla. Cuando no queramos admitir al

niño que nos molesta en el lugar que vivimos y lo trasladamos a otro lugar, es una falta de respeto. Antes de acompañar a una persona respetable, preguntamos si nos lo permite, así deberíamos hacer antes de llevar de paseo al niño para no equivocarnos. Si nos sentamos a comer y el niño está en otra habitación y nos damos cuenta de que llora porque no quiere sentirse fuera del círculo familiar, le estamos faltando al respeto al tenerlo fuera de nuestro ambiente; debemos pensar, como se hace con una persona importante, que el niño quiere hacernos el honor de asistir a nuestra comida y debemos sentirnos felices de esto y admitirlo cerca de nosotros. Se podrá decir que esto higiénicamente podría dañar al niño, pero no hay que preocuparse demasiado de esto, porque tantas cosas le hacen daño y nosotros no le damos importancia; más bien digamos, haciendo honor a la verdad, que este huésped nos molesta, sin tratar de buscar excusas.

Nos maravillará sentir que el pequeño es un observador tan profundo, y que ha visto cosas en nosotros que no hubiéramos imaginado que hubiera podido observar, tanto que creemos conveniente, cuando queremos despertar su atención, ponerle enfrente colores vivos, o de impresionarlo con gestos y voces altas. No sabemos que el niño tiene una gran capacidad de observación y que absorbe con vehemencia tantas imágenes, y no solamente imágenes de cosas, sino también de acciones. El niño en su mundo psíquico absorbe imágenes de cosas, y correspondencias entre cosas y cosas, y su desarrollo es ya muy avanzado, cuando no suponemos ni siquiera su existencia. Por ejemplo, un niño de cuatro semanas, no ha salido de la casa en la que ha nacido, ha visto sólo dos hombres, su padre y su tío, separadamente; un día los ve juntos, cerca. El niño tiene una expresión de asombro y observa a uno y a otro por largo tiempo; padre y tío están inmóviles delante del bebé para darle el tiempo de observarlos. Si los dos se hubieran ido o hubieran dicho algo que lo distrajera, el bebé no hubiera podido recogerse en ese trabajo de discernimiento que lo ha impresionado profundamente. Las dos personas, después, se han separado, pero lentamente, en modo que él pudiera tener tiempo de observarlas una y otra y persuadirse de que eran dos personas distintas.

He aquí un ejercicio del adulto educador que ayuda al niño en su primera construcción interior.

Quiero dar otros ejemplos de bebés que aún no caminan ni hablan.

Una persona llevaba en brazos a un bebé de pocos meses. El pequeño ve en el comedor algunas pinturas de frutas, los observa y realiza movimientos como si los comiera; él era un lactante, sin embargo, había visto los gestos de los adultos cuando comían. Entonces la persona que lo lleva, al darse cuenta del interés y del placer del bebé, se detiene con él delante al cuadro, a fin de que su interés quede satisfecho.

Esta persona, se comportó como educador, permitiendo que el bebé realizara un ejercicio interior, manifestado por el hecho de reproducir aquello que había visto hacer a los adultos.

Otro ejemplo. En una sala había estatuas representando bailarines; un infante, cuando las veía, comenzaba a bailar; había visto a alguien bailar, se había dado cuenta que quien baila asume aquellas posiciones que había reconocido en las estatuas.

Los niños observan que en una habitación se encuentran siempre ciertos objetos. Si alguien coloca algún objeto nuevo, el niño observa justo aquella cosa nueva que nunca había estado ahí y se pregunta qué será. Quiero mencionar el caso de una niña pequeñísima que era llevada de paseo en su residencia. Había visto una lápida cerca de un muro, esta lápida la había impresionado y cada vez que salía quería detenerse a ver y después estaba satisfecha.

Sin duda el niño ama la luz, las flores, ama ver moverse a los animales, y esto se entiende porque sabemos que el niño es un observador finísimo que sabe ordenar las imágenes. El niño se mueve para satisfacer su pasión de observar. Él observa la boca del individuo adulto que habla. Nosotros pretendemos que para atraer la atención del niño sea necesario gritar, llamarlo por su nombre; y no es cierto; porque si en lugar de hablarle hacemos pequeños movimientos con los labios en modo claro, el niño

pone toda su atención a nuestros movimientos. Es algo que lo fascina, porque despierta en él la sensibilidad de un trabajo que debe cumplir: se ha iniciado el período sensitivo del lenguaje. Si se tiene un niño de cuatro meses centra de una persona que haga únicamente movimientos con la boca, se verá el enorme interés del bebé. Evidentemente estos movimientos le gustan más que las cosas de la naturaleza, porque estimulan esa capacidad imitativa, que coincide con su necesidad de desarrollo interior.

Pasemos a los niños más grandes. He visto que los padres japoneses tienen una comprensión de los niños mucho más profunda de la que nosotros tenemos. Uno de ellos acompañaba a pasear a su niño de dos años y cuando se sentaba en la banqueta, el padre no le decía: "Hay polvo, que capricho, ¡vamos!" por el contrario, esperaba pacientemente hasta que el niño se levantara para seguir su camino. También esto es un ejercicio de educador, porque este padre sometía su personalidad dominante a la del niño respetando la actividad. He visto a uno de estos padres que estaba con un pie despegado del otro, porque el niño se divertía a pasar entre las piernas de su papá. Este pobre hombre estaba serio y un poco apenado en aquella posición. Admiré mucho esta sabiduría de educador que muchos pueblos han conquistado o tal vez han sabido mantener por tradiciones: nosotros, en cambio, estamos preocupados solamente de las cosas que el adulto hará en la vida social.

Vi a una madre, que también había seguido nuestros cursos, mientras conducía a su niño por una calle de Milán. Se difundía en el aire un sonido de campanas y el niño deseaba detenerse a escuchar aquel sonido; pero la madre le negó al niño aquella alegría y lo obligó a continuar caminando mientras lo regañaba. Como se ve, o es fácil inducir al adulto a una constante pasividad hacia el niño. Es necesario que el individuo adulto busque adquirir una inteligencia de la necesidad infantil y sepa frenar el propio orgullo de escultor. Es necesaria la auto-educación de la propia vida interior.

Hoy, en cambio, estamos preocupados solamente de que el niño tenga aire puro y sol, dos cosas excelentes, pero que son útiles únicamente al cuerpo; pero si los rayos del sol son suficientes para el cuerpo del niño, en su mundo psíquico no hay, por así decirlo, un rayo de sol. Es la construcción interior, propia del niño, lenta, delicada y fundamentalmente importante que el adulto destruye con su fuerza y su sequía.

Ahora bien, la sensibilidad que el adulto debe adquirir, es aquella de reconocer todas las necesidades del niño, sólo así podrá darle la ayuda que necesita. Si se quisiera establecer un principio, diremos que sería necesaria la participación del niño en nuestra vida, porque en la época en la que debe aprender a moverse, no puede aprenderlo bien si no ve cómo se hace, como no podría aprender el lenguaje si fuese sordo. Darle al niño esta hospitalidad, es decir, hacerlo partícipe de nuestra vida, es difícil, pero no cuesta nada; depende sólo de la preparación del alma del adulto; el bebé que no se puede mover, no inoportuna a nadie; su presencia es casi una presencia espiritual. Pero a esta hospitalidad se opone el prejuicio, rechazándola tiránica y cruelmente por la higiene, que el bebé deba dormir mucho, porque el bebé es un cuerpo vegetativo. Pero ¿por qué hacerlo dormir a la fuerza? Si le permitimos permanecer despierto cuando quiere y lo tenemos cerca de nosotros, veremos que dormirá mucho menos.

El prejuicio de condenar al sueño a los bebés se ha sido difundido por los pueblos nórdicos, sin ningún fundamento, y nosotros hemos consentido sin discutirlo. Un día un pequeño vino a decirme que quería ver una cosa bellísima de la que había oído hablar: las estrellas; no las había visto jamás, porque se ven sólo de noche y él siempre se iba a dormir muy temprano. Entonces, ahora es sencillo entender que el niño que está condenado a dormir debe encontrar muy difícil su trabajo interior, porque debe combatir contra el adulto, que destruye sus construcciones y, además, lo condena a dormir.

Como entre las palabras de Cristo que enseñan la caridad: “No apagar la vela que ahuma”, es decir: “No acaben por apagar la luz que está por extinguirse”. De esta forma, podríamos repetir este principio e caridad

para la educación: “No cancelen los diseños que los niños realizan en su *cera moldeable* interior”. Esta es la mayor responsabilidad que tiene el adulto como educador del niño que se está construyendo.

El concepto fundamental para la educación es, por lo tanto, el de no volverse un obstáculo en el desarrollo del niño. Fundamentalmente, lo difícil es no saber qué cosa debemos hacer, sino comprender de cuales presunciones, de cuales prejuicios debemos despojarnos para poder ser aptos para la educación del niño.

De Mi Método En General

Dado que el fin perseguido era el de hacer que el niño se adaptase a sí mismo a una forma de vida social, propia de los adultos y, por lo tanto, durante sus primeros años de vida contraria a su naturaleza, está claro que en la vieja escuela y en la antigua forma de educación familiar, los pequeños no fueron apreciados en su verdadero trabajo de ser. El niño era sólo un “futuro”, no representaba más que un “porvenir” y por lo tanto no se le tenía en cuenta para nada hasta el día en que se convertía en un hombre.

Ni siquiera el niño, como todos los seres humanos, tiene una personalidad del todo suya. Él lleva en sí la belleza y la dignidad del espíritu creador, que no pueden ser borradas jamás, y por las que su alma, pura y sensible, nos exige los cuidados más delicados. No debemos ocuparnos solamente de su cuerpo, tan pequeño, tan frágil, no debemos pensar solamente a nutrirlo, a lavarlo, a vestirlo con cuidado. El hombre no vive únicamente de pan, ni siquiera durante la infancia: las cosas materiales están en un nivel inferior y pueden ser desalentadoras a cualquier edad. La esclavitud favorece en los niños, como siempre en los adultos, sentimientos inferiores y genera una falta total de dignidad.

El ambiente social que nos hemos creado no se confía al niño, él no lo comprende, por eso está forzosamente lejano y no al no saberse adaptar a nuestra sociedad, de la que ha sido excluido, viene confiado a la escuela que se vuelve, casi siempre, una prisión. Hoy vemos claramente cuáles son las consecuencias causadas de la escuela en la que se enseña con métodos antiguos: los niños sufren no sólo orgánicamente sino que también moralmente. El problema fundamental de la educación es la educación del carácter, que hasta ahora ha sido descuidada por la escuela.

Por lo demás, aún en el seno familiar, existe el mismo error de principios: se piensa exclusivamente al mañana del pequeño, a su futura existencia y nunca se preocupa por el presente, es decir, a todo aquello que es necesario vivir a su edad. Todos, por demás, en las familias modernas, se

comienzan a tener cuenta de la vida física del niño: a la alimentación racional, a los baños, al vestido, la vida al aire libre, esos son los últimos progresos obtenidos en ese campo.

De todas las necesidades del niño se descuida la más humana: la exigencia de su espíritu, de su alma. El ser humano que vive en el niño está escondido. A nosotros nos son evidentes solamente todos los esfuerzos y toda la energía que le son necesarios para defenderse de nosotros: los llantos, los gritos, los caprichos, la timidez, la desobediencia, las mentiras, el egoísmo, el espíritu de destrucción. Además, cometemos el error, aún más grave, de considerar estos medios de defensa como si fueran los rasgos esenciales del carácter infantil. Creemos que nuestro estricto deber es el de tratar de eliminarlos con la máxima severidad, con una dureza que nos jala en ocasiones hasta los castigos corporales. En cambio, estas reacciones del niño son casi siempre indicio de una enfermedad moral, y por lo general anuncian una verdadera enfermedad nerviosa, que dejará sentir sus consecuencias por el resto de la vida. Lo sabemos todos que la edad del desarrollo es la más importante de toda la vida: la desnutrición moral, la intoxicación del espíritu en ese tiempo son tan fatales para el hombre cuanto puedan ser la desnutrición de los miembros para la salud futura del cuerpo. Por lo tanto, la educación infantil es el problema más importante de la humanidad.

Sentimos empeñada nuestra conciencia en el cuidado atento para comprender los mínimos particulares del alma infantil, y poner atención en nuestras relaciones con el mundo de los pequeños: Hasta ahora casi nos complacíamos de tomar la parte de jueces sin piedad frente a los niños, los que aparecían llenos de defectos, comparados a nosotros, colmados de virtudes. Tenemos que conformarnos con una parte muy modesta. Corresponde a la interpretación que Emerson da del mensaje de Jesús: “La infancia es el Mesías eterno, que continuamente regresa a los brazos de la humanidad venida a menos, que ruega por regresar al Cielo”.

Si comenzaremos de esta manera a considerar como absoluta y urgente la necesidad de cuidados que se deben dar al infante, creándoles un mundo,

un ambiente apto, cumpliremos una gran obra en beneficio de la humanidad.

El infante no puede conducir una vida regular en el mundo complicado de los adultos. Queda claro que el adulto, con la continua vigilancia con las advertencias in interrumpidas, con sus mandatos arbitrarios, interrumpe e impide el desarrollo del niño. De esta manera se sofocan todas las fuerzas buenas que están por germinar; y al niño no le queda más que una cosa: el deseo intenso de liberarse en cuanto sea posible de todo y de todos.

Abandonemos, por lo tanto, el papel de carceleros y cuidemos, en cambio, de preparar un ambiente en el que se pueda hacer menos, lo más posible, de cansarlo con nuestra vigilancia, con nuestras enseñanzas. Es necesario comprender que mientras más preparado esté el ambiente a las necesidades del niño, más limitada podrá ser la actividad del educador. Pero aquí no debemos olvidar un principio importante. Dar la libertad al niño no quiere decir abandonarlo a sí mismo, mucho menos descuidarlo. La ayuda que damos al alma infantil no debe ser de indiferencia pasiva frente a todas las dificultades de su desarrollo, mas bien debemos seguir este desarrollo con prudencia y con cuidado afectuoso.

Además, preparar con todo cuidado el ambiente del niño es ya una gran tarea, ya que se trata de crear un mundo nuevo: el mundo de la infancia.

Apenas se hayan preparado los pequeños muebles, de los que tiene necesidad el niño, veremos que sus actividades de ordenarán en modo increíble. Sus movimientos son dirigidos por la fuerza de voluntad; logran permanecer solos, sin ningún peligro, pues saben lo que quieren. En los niños existe una necesidad de actuar casi más fuerte que la necesidad de nutrirse, pero nosotros no lo podemos reconocer porque hasta ahora había faltado el campo de acción apto. Si se los damos, veremos que estos pequeños tormentos, siempre caprichosos, se convierten en alegres obreros. El destructor proverbial se vuelve el custodio más alegre de los objetos que lo rodean: el niño bullicioso y desordenado se transforma en un ser tranquilo y ordenadísimo. Pero si al niño le faltan los medios exteriores adecuados, no podrá hacer uso de la gran energía que le ha

dado la naturaleza. Sin embargo, siente el impulso instintivo hacia una actividad que utilice toda su energía, porque sólo de este modo podrá perfeccionar sus facultades. Todo depende de esto.

Hoy, todos saben algo de la “casa del niño”, y ya se construyen objetos simples y prácticos que tienen la finalidad de servir en el desarrollo intelectual del pequeño. Encontramos muebles pequeños y graciosos, de colores vivos y ligeros que se voltean cuando son golpeados, que los niños pueden transportar fácilmente. Su color claro pone en evidencia las manchas, de este modo se descubren inmediatamente los errores y se puede poner remedio con un poco de agua y jabón. Cada niño elige su lugar y acomoda todo como desea, pero como los muebles son ligeros, revelan, con el ruido, cada movimiento desordenado. Así el niño aprende a estar atento al movimiento de su cuerpo. Hay objetos graciosos y frágiles, de vidrio o porcelana; si el niño los dejara caer, se romperían y se perderían para siempre, lamentarlo será para él el mayor castigo.

¡Que gran dolor la pérdida de un objeto querido! ¿Quién no se siente empujado a consolar a un pequeño, rojo de tanto llorar delante de un florero roto? Pero de ahora en adelante, cuando deberá transportar objetos frágiles, pondrá todo su esfuerzo y voluntad para obtener la compostura y control de sus movimientos.

El mismo ambiente lo ayuda a mejorar continuamente, porque, si cada pequeño error le queda claro, no es necesario que la maestra intervenga. Ella puede permanecer tranquilamente observando todos los pequeños incidentes que suceden. Poco a poco le parecerá al niño que puede escuchar las voces de los objetos, que en su mudo lenguaje hablan y advierten las pequeñas faltas: “¡Atento, no ves que soy una mesa limpia y barnizada, no me ensucies, no me manches!” También la estética de los objetos y del ambiente es un gran estímulo para que el niño esté activo y redoble sus esfuerzos. Por eso todos los objetos deben ser atractivos. Los trapos para sacudir que sean multicolores, las escobas pintadas con colores vivos, los pequeños cepillos graciosos y los pedazos de jabón pequeños y cuadraditos. De todos estos objetos debe salir una voz que le

diga al niño: “¡Ven, tócame, úsame!” “¡Lo ves, soy el sacudidor multicolor, quita el polvo de la mesita!” “¡Yo soy la pequeña escobita, tómame con tus manitas y barre!” “¡Vengan queridas manitas, métanse en el agua y lávense con jabón!” Así, por todos lados la belleza de los objetos atrae al infante y se compenetra en su disposición de ánimo; no es la maestra quien le dice al niño: “Querido, ponte a barrer” “¡Vengan a lavarse las manos!”

Cada niño, que sabe cuidarse a sí mismo, que puede ponerse los zapatos, vestirse y desvestirse, refleja en su gozo y en su alegría dignidad humana, ya que la dignidad humana deriva del sentimiento de la propia independencia.

La felicidad que los pequeños encuentran en el trabajo, les hace realizar cada cosa con entusiasmo casi excesivo. Si pulen una manija lo hacen durante un buen período de tiempo, hasta que queda brillante como un espejo; hasta las cosas más simples, como sacudir, barrer, son hechas con extremo cuidado y atención. Evidentemente no es el hecho de alcanzar una meta lo que los motiva, sino poder valorizar sus energías latentes y es esta valorización que decide cuánto debe durar la actividad.

Repetir continuamente las mismas acciones, mientras hace feliz al niño, le hace realizar verdaderos logros. Vemos pequeños vestirse y desvestirse solitos, abotonarse, anudarse y hacerse moños, poner la mesa correctamente, limpiar platos y lavar ropa, pero no sólo eso, sino que la abundancia de las fueras infantiles se manifiesta en el hecho que el niño usa aquello que ha aprendido y ayuda a quien no ha adquirido igual conocimiento y perfección. Vemos entonces que abotona la bata del compañero más pequeño, le anuda las agujetas, y limpia la sopa que ha tirado al suelo.

Si lava los platos, limpia lo que otros han ensuciado, si pone la mesa, procura el bien de otros que no han compartido el trabajo con él. Sin embargo, no considera este trabajo en bien de los demás como un esfuerzo suplementario que merita un premio; no, es ese mismo esfuerzo el premio que él necesita. Un día vi a una niña que sentó muy triste delante de una sopa caliente, sin ni siquiera probarla. Le habían prometido

que la habrían dejado poner la mesa y lo habían olvidado. Esta desilusión la había hecho acallar los deseos de su cuerpo, su corazón era más exigente que su estómago.

De esta forma se desarrolla la parte de actividad exterior del niño que se refleja en objetivos sociales; tiene una finalidad, que entiende muy bien y que puede conseguir fácilmente. Su inteligencia busca esta finalidad, y nosotros, al ponerlo en el marco de su ambiente, le damos la libertad de lograrlo. Ciertamente el verdadero interés tiene raíces más profundas, el niño actúa de esa forma únicamente para satisfacer su deseo de actividad y las leyes del desarrollo. Pero de cualquier modo se necesita una meta exterior simple y clara para que este deseo sea satisfecho. Lo vemos lavarse las manos quién sabe cuántas veces, no porque estén sucias, sino porque tiene delante a él una meta que requiere el desarrollo progresivo de las acciones secundarias necesarias; como transportar y servir el agua, utilizar el jabón y la toalla, el uso conveniente y correcto de todas estas cosas. ¡Cuánto trabajo comportan en sí! Barrer el salón, cambiar el agua a las flores, acomodar alrededor las mesas, enrollar los tapetes, poner la mesa para el almuerzo: todas estas son actividades razonables que se unen en el ejercicio físico. Cualquiera que tenga que realizar estas labores domésticas y experimente el cansancio que procuran, sabe cuántos movimientos se necesitan para poder realizarlas. Justo ahora se habla de gimnasia y de ejercicios físicos. He aquí esos ejercicios, no son los acostumbrados y mecánicos, sino ejercicios que se cumplen con mentes claras y con una razón de ser.

Sin embargo, estos ejercicios que los pequeños realizan con tanto gusto y que sorprenden agradablemente a todos los visitantes de la “casa de los niños”, no representan lo esencial: son apenas un inicio y constituyen el lado menos importante de la actividad infantil.

Es conocido que los sabios, los hombres de ciencia, nos dan la impresión de un íntimo recogimiento que los tiene lejanos del mundo. Todos conocen la anécdota de Newton que se olvidaba de comer, de Arquímedes que ni siquiera se daba cuenta del trastorno ocasionado por la conquista

de Siracusa y se dejó sorprender por el enemigo concentrado en cálculos geométricos. Pues bien, justo estas anécdotas nos indican el lado opuesto del íntimo recogimiento. Los grandes descubrimientos que conducen al progreso de toda la humanidad no se deben tanto a la cultura de los científicos ni al trabajo de su sabiduría, sino a esta concentración completa y a la profundización del ingenio, a ese casi aislamiento del mundo.

Si el niño encontrará el campo de acción correspondiente a sus exigencias íntimas, nos revelará también cuánto le sea necesario para el desarrollo de su existencia. Busca, por ahora, su relación con el género humano que lo circunda y lo encuentra.

Pero en el individuo se encuentran exigencias íntimas, para las cuales mientras se abandona a un trabajo misterioso, se necesita la completa soledad, la separación de todo y de todos. Nadie puede ayudarnos a llegar a este íntimo aislamiento que se vuelve accesible a nuestro mundo más profundo, tan misterioso cuando rico y lleno. Si otros se inmiscuyen, interrumpen, y por lo tanto, destruyen. Este recogimiento que se obtiene librándose del mundo externo, debe provenir de nuestra misma alma, y aquello que está alrededor no puede influir en ningún modo más que con orden y paz.

Este estado de completo recogimiento se encuentra sólo en los grandes hombres, y también en ellos sólo excepcionalmente. Ese es el manantial de la firmeza interna. De este recogimiento deriva la facultad, que tienen los grandes, de influir sobre las masas con mediata tranquilidad y con infinita benevolencia. Son hombres que, después de apartarse del mundo por períodos prolongados, se sienten en grado de resolver los grandes problemas de la humanidad, mientras con infinita paciencia soportan las debilidades y las imperfecciones de sus congéneres aun si llegan al odio y a la persecución. Además, vemos que existe una unión estrecha entre el trabajo manual que se realiza en la vida común y la profunda concentración del espíritu. Aunque a primera vista parezca que estas dos cosas sean opuestas, en realidad están profundamente unidas, ya que una es el manantial de la otra. La vida del espíritu prepara en soledad las fuerzas

necesarias para la vida cotidiana. A su vez, la vida cotidiana favorece al recogimiento mediante el trabajo ordenado. El desperdicio de las fuerzas continuamente es repuesto por el manantial del espíritu. El hombre que ve claro en sí mismo, siente la necesidad de la vida interior así como el cuerpo siente la necesidad de la vida material, como el hambre y el sueño. El alma que no tiene la sensación de sus necesidades espirituales está en la misma pendiente peligrosa que el cuerpo que no está en grado de sentir el hambre y la necesidad de descanso.

Pero, ya que este recogimiento, este hundirse del alma en el alma misma la encontramos en los niños, está claro que no representa un estado excepcional de personas particularmente dotadas, al contrario, es una cualidad universal del alma humana, que sólo en pocas personas se conserva hasta la edad adulta.

Si ahora consideramos en los niños estas singulares vislumbres de concentración, observamos un cuadro del todo diferente al primero, cuando se trataba de trabajos utilitarios. Un objeto del que no se puede recabar ninguna utilidad llama la atención del niño y comienza a procurarle su atención y a moverlo en todas direcciones. Generalmente no son más que pequeños movimientos casi mecánicos y uniformes, frecuentemente la mano destruye lo que había construido poco antes para construirlo una vez más. Estos movimientos se repetirán tantas veces con particular entusiasmo, como vimos en los ejercicios de la vida práctica; pero deja entrever un fenómeno especial. Entonces descubrí por primera vez la existencia de este aspecto del carácter infantil y quedé asombrada y me pregunté si no me encontraba frente a un factor extraordinario, a un misterio nuevo y maravilloso, ya que veía cómo caían ante mis ojos muchas de las teorías de los psicólogos. Nos habían hecho creer –también yo lo creía– que los niños eran incapaces de fijar su atención en cualquier objeto por largos períodos. Estaba ante mis ojos una niña de cuatro años que, con signos de máxima atención, encastraba cilindros de madera de diferentes tamaños. Los metía en su lugar con atención y cuando ya no había más, los sacaba nuevamente, para introducirlos rápidamente, y continuaba así, sin que se le viera el fin. Comencé a contar. Cuando

realizó la actividad por más de cuarenta veces, me puse en el centro e invité a otros niños a cantar, pero la pequeña continuó con su trabajo inútil, sin moverse, sin levantar los ojos, como si estuviera completamente abstraída de todo lo que la rodeaba. En un momento dado se detuvo, se levantó sonriente y contenta, los ojos cristalinos. Parecía alegre y reposada y sonreía como cuando los niños se despiertan de un buen sueño.

Desde ahora he observado, con más frecuencia, las mismas manifestaciones. Los niños cuando han cumplido este trabajo recogido aparecen siempre reposados e íntimamente fortalecidos. Pareciera que su alma se hubiera abierto un camino en las fuerzas latentes, develando el mejor lado de su carácter. Se muestran afables con todos, se prodigan para ayudar a los demás, están llenos de deseos de ser buenos. En una ocasión uno de ellos se acercó lentamente a la maestra, como para confiarle un secreto, y le dijo: "Señorita, ¡yo soy bueno!".

Esta observación fue valorizada ya por otros, pero particularmente utilizada por mí. Entendí que lo que sucedía en las almas era una ley y que me daba la posibilidad de resolver completamente el problema de la educación. Me pareció claro que la idea del orden y el desarrollo del carácter, de la vida intelectual y sentimental deben derivarse de esta fuente misteriosa y resguardada. Desde entonces, me ocupé de buscar los objetos experimentales que hicieran posible la concentración y además, estudié cuidadosamente el ambiente que presentara las condiciones externas más favorables para esta concentración. Así comencé a crear mi método.

Ciertamente aquí está la llave de toda la pedagogía: saber reconocer los instantes preciosos de la concentración para poderlos utilizar en la enseñanza de la lectura, de la escritura, y más delante de la gramática, de la aritmética, de los idiomas, etc. Además todos los psicólogos están de acuerdo en afirmar que existe una sola forma de enseñar: suscitar en los estudiantes el interés más profundo y una atención viva y constante. Por lo tanto, se trata únicamente de esto: utilizar la fuerza íntima del niño para su educación. ¿Es esto posible? No es solamente posible, es necesario. La atención necesita, para concentrarse, de estímulos graduales. Al inicio

serán objetos fácilmente reconocibles por los sentidos, que interesan a los más pequeños: los cilindros de diferentes tamaños, los colores para ordenar según su gradación, diversos sonidos a distinguir, superficies más o menos lisas para reconocer al tacto. Pero más tarde, tendremos el alfabeto, las cifras, la lectura, la gramática, el diseño, las operaciones aritméticas más difíciles, la historia y las ciencias naturales, y así se construirá el saber del infante.

Por consiguiente, la tarea de la nueva maestra se ha hecho más delicado y más serio. Depende de ella si el niño encontrará su camino hacia la cultura y la perfección o si todo será destruido. Lo más difícil es hacer entender a la maestra que, para que el niño progrese, ella debe eclipsarse y renunciar a los derechos que le correspondían anteriormente; debe comprender bien que no puede tener ninguna influencia inmediata ni en la formación, ni en la disciplina del alumno, y que toda su confianza debe descansar en las energías latentes del niño. Ciertamente existe algo que la obliga a aconsejar continuamente a los pequeños, a corregirlos o a motivarlos, mostrándoles que es superior por experiencia y cultura; hasta que no se conforme a callar toda vanidad, no obtendrá ningún resultado.

En cambio, su acción indirecta debe ser asidua: tiene que preparar con pleno conocimiento de causa el ambiente, disponer el material didáctico según la razón de cada cosa e introducir con cuidado al niño en cada uno de los trabajos de la vida práctica. Le corresponde saber distinguir al niño que busca el camino justo de aquél que se ha equivocado; debe estar siempre tranquila, siempre lista a acudir, cuando se le llama para demostrar su amor y su ternura. Debe estar siempre disponible: eso es todo.

La maestra debe consagrarse a la formación de una humanidad mejor. Como la sacerdotisa virgen de Vesta debía conservar puro y privo de escorias el fuego que otros habían encendido, de la misma forma a la maestra le ha sido confiada la flama de la vida interior en toda su pureza. Si esta flama será desatendida, se apagará para no volver a encenderse jamás.

El Carácter del Niño

No elegimos este título por casualidad: “El carácter del niño”. Con la palabra “carácter” no nos referimos a los rasgos del carácter moral únicamente, también a la compleja personalidad del niño, la cual no consiste solamente de manifestaciones intelectuales y físicas, sino que constituye una unidad, que no puede ser analizada mas que por el estudio psicológico.

Queremos dar un vistazo general sobre todo a las formas de actividad del niño observadas frecuentemente, pero que, con mayor frecuencia, no se reconoce la importancia.

Supongamos que podemos reproducir con una curva la ejecución de un trabajo dado.

Representemos con una línea horizontal el estado de quietud: sea el espacio sobre la línea la actividad ordenada, o sea el estado de “orden”; el espacio que esté bajo la línea, la actividad desordenada, o sea, el estado de “desorden”; sea la distancia de la línea el grado de las dos actividades y la dirección de la línea, el curso en el tiempo.

De esta forma podremos representar cualquier actividad, ya sea con respecto a su duración en el tiempo, según el grado de orden o de desorden. De estos datos sucesivos se obtiene una curva que nos da la visión de la actividad del niño.¹

¹ Sabemos muy bien que no se puede medir la intensidad espiritual, es decir, la fuerza de concentración. Es más, sabemos que es imposible comparar y medir los estados de concentración subsecuentes en una misma persona, mucho menos los que varias personas tengan en diferentes ocupaciones. No se trata absolutamente de reproducir con las curvas valores seguros: se trata de representar en general el cambio entre orden y desorden, y la intensidad del trabajo. Es necesario no perder de vista que en este caso la “intensidad” puede ser puramente “estimativa” de forma subjetiva, según los síntomas exteriores y que esta intensidad no puede ser medida. Estas curvas, por lo tanto, no son de ninguna manera comparable a las que se obtienen en las ciencias exactas y naturales, como resultado de mediciones precisas. Nuestras curvas no son más que ayudas esquemáticas para facilitar la visión del conjunto.

Representemos ahora la actividad de un pequeño en una “casa de los niños”. Entra, está quieto por un instante, después toma un trabajo. La curva comienza a subir hacia el espacio del orden. Después, el niño se cansa y en consecuencia, se vuelve desordenado. La línea desciende bajo la marca de quietud, en el espacio del desorden. Más tarde, comienza un nuevo trabajo. Si por ejemplo, antes tenía en la mano los cilindros, ahora toma la tabla de los colores y lo vemos por un período de tiempo absorto en su ocupación, pero de repente, molesta a su vecino: la línea desciende nuevamente. Se divierte molestando a sus compañeros y de esta forma permanece en el desorden. Después escoge las campanas: toca diferentes tonos y se concentra en su trabajo; la línea sube nuevamente al espacio del orden. Apenas termina, no sabe como ocuparse nuevamente y aburrido, se acerca a la maestra.

En esta curva no ha podido experimentarse la forma de adaptación del trabajo que nos interesará a continuación. Es la curva típica de muchísimos niños que, sin poder fijar su atención, sin ocuparse seriamente de una cierta cosa, vuelan continuamente de una actividad a otra y en pocas horas pasan por sus manos todo el material que les podría durar medio año. Este es el tipo más común del niño desordenado.

Después de poco tiempo, (puede suceder que se trate de días, semanas o meses) retomamos la curva de la actividad del mismo niño. En este tiempo se ha completado en él el “recogimiento de la atención”.

Ahora quisiera hablar de una curva que exprese la actividad de un niño, que, aunque no es tan desordenado, aún no es totalmente ordenado. Su contenido es algo entre el orden y el desorden.

Apenas este niño entra en la escuela, toma un trabajo fácil, supongamos un trabajo de vida práctica; después lo deja para escoger entre el material educativo una pieza que le sea familiar y repite ejercicios que ya conoce. Después, sin embargo, lo vemos cansado, incierto y su línea baja al espacio de quietud. Este aspecto se puede verificar no sólo en un niño, sino en toda un grupo. En este caso, ¿qué diría una maestra que no tuviese ninguna experiencia práctica? Concluiría que los niños, después de haber

realizado trabajos de vida práctica o haber trabajado con el material, se cansaron y que la tan mencionada concentración no se ha hecho presente, no es culpa suya.

Si la maestra es de buen corazón y si conoce los dictámenes de la psicología de la que ahora tanto se habla, ciertamente pensará que los niños tengan, absolutamente, deseos de descansar después del esfuerzo que han realizado, y por eso es necesario interrumpir el trabajo. Para procurarles algo diferente los llevará al jardín. Correrán alborotándose para después encontrarse, de regreso al aula, aún más inquietos que antes. Si se obstinará en cambiar continuamente de ocupación este estado de “falso cansancio” persistirá.

Cuántas maestras concluyen equivocadamente: ¡no es cierto que el trabajo escogido libremente por los niños les procure placer y alegría! Es un hecho manifiesto que ellos eligen su ocupación libremente, pero que con todo y eso, su atención dura sólo un momento, y depuse se vuelven cada vez más inquietos. “Lo pruebo todo”, dicen, “los dejo reposar, los cambio de ambiente y no logro ni regresarlos al trabajo ni mantenerlos tranquilos”.

Estas maestras ciertamente han estudiado el método “al pie de la letra”, pero no tienen la fe necesaria y han omitido respetar la libertad del niño. Naturalmente no han podido hacer menos que ponerse todo género de consideraciones y de tomar consejos de cuanto habían visto en el pasado, han buscado entrometerse, guían y, propio con esto han interrumpido el desarrollo natural y han destruido justamente lo que querían edificar.

Si en cambio, una maestra respeta la libertad del niño y tiene fe en él, si tiene la fuerza de voluntad de olvidar por un poco de tiempo todo lo que ha aprendido y que le llena el cerebro, si es tan modesta como para no considerar como esencial su intervención, si sabe esperar con paciencia, verá, muy pronto, que un cambio total se verifica en el niño. Él está excitado hasta que vea algo en lo más profundo de su conciencia que no ha encontrado aún.

Pero en cuenta le es posible, después del trabajo de introducción, comienza otra más difícil que el primero; dirige a este toda su atención, profundiza y se consagra con toda el alma y, al mismo tiempo, se libera momentáneamente de cuanto lo rodea: he aquí aquello que llamamos el "gran trabajo".

Cuando el niño ha terminado, ciertamente abandona el objeto que antes le servía como instrumento para su concentración. Pero todas las apariencias del niño son ahora completamente diferentes a la de aquel falso cansancio. Si antes parecía cansado, ahora su carita brilla, refleja un profundo reposo: el niño parece como movido por una fuerza nueva, como si un torrente de energía lo hubiera reanimado. Reconocemos claramente que aquí estamos frente a un único ciclo cerrado de trabajo, el que se compone de dos partes: la primera es la de simple y pura preparación que dirige al pequeño al trabajo y prepara el camino para la segunda parte, el verdadero "trabajo grande".

Después del "trabajo grande" el niño está reposado, es más, se podría decir que sólo ahora se muestra verdaderamente reposado. Su radiante serenidad y su quietud nos anuncian claramente una nueva verdad.

De hecho, un niño similar no demuestra ningún síntoma de cansancio, más bien los signos fisiológicos de una fuerza vital muy abundante. No es diferente nuestro aspecto después de una comida que nos ha satisfecho o después de un baño. También estas últimas son formas de trabajo, pero disminuyen nuestra energía, nos sirven para renovar la energía; así que existe un trabajo psíquico que da fuerza al espíritu. Para que el niño pueda reposar debemos hacerle posible el "gran trabajo".

Reflexionemos un momento: ¿qué significa realmente reposar? Para nosotros, reposar no significa de ninguna manera oír. Nuestros músculos no reposan si permanecemos inmóviles, es mejor si nos movemos de manera conveniente. Así pues encontramos en la tranquilidad de un trabajo intelectual escogido libremente, la energía que le da fuerza a nuestro espíritu.

Es algo misterioso, como la vida misma. Una maestra nunca está en grado de decir: a este niño le falta tal o cual trabajo para adquirir energía. Esto va más allá de cualquier posibilidad de penetración. Sólo la misma voz de la vida puede escoger el trabajo del que el niño está verdaderamente necesitado. Así basta que la maestra respete este misterioso trabajo y *sepa esperar con fe*.

Un niño reposado de esta forma está contento, es afable, tan vez siente el deseo de platicar confidencialmente con la maestra. Parece que su alma se haya abierto y que se dirija a la maestra porque sólo ahora reconoce su superioridad y busca su ayuda. Solamente ahora él observa, y en aquello que lo circunda, cosas que antes se le habían escapado a los ojos. Sin lugar a dudas es interiormente más rico que antes y por eso es más capaz de recibir y se ha reforzado en él el deseo de relacionarse con su ambiente. Para poder aprovechar al máximo las energías propias es necesario hacer acopio de ellas. Una maestra que quisiera enseñar a un niño moralmente débil y mal nutrido no encontraría en él ninguna posibilidad de correspondencia, ni de confianza, ni de obediencia. Si a pesar de todo esto lo consiguiera, sería in proceso imperfecto, obtenido con mucha dificultad y fatiga.

Todo esto parece extraño, sin embargo, de esto debemos reconocer como tratamos erróneamente al niño. Dirigirse a alguien con confianza, obedecerlo, no son síntomas exteriores de una necesidad interior. Queremos ensañar al niño estas manifestaciones exteriores sin darle la oportunidad de desarrollar sus fuerzas íntimas y de convertirse en amo de sí mismo.

Nuestra tarea, en cambio, es justamente la de despejar el camino hacia estas fuerzas íntimas.

Mientras más se desarrolla la capacidad de concentración, con más frecuencia se realiza este tranquilo abandono en el trabajo y más claro se muestra un nuevo fenómeno: la disciplina del niño. Las maestras, que han llegado a este punto con sus métodos educativos, han adoptado expresiones especiales. Puede ser que una maestra le pregunte a otra:

“¿Cómo va tu grupo? ¿Ya son ordenados tus niños?” Y la otra le responderá: “No, todavía no”. Probablemente se escuchará esta observación: “¿Se acuerda de aquel niño que era tan desordenado? Pues bien, ahora es ordenado”. Las maestras que se entienden entre ellas, saben todo lo que ocurre. Todo el resto viene por sí solo.

Una vez que se forma la disciplina en el niño, está ya en el camino correcto del desarrollo psíquico natural. Los niños que han llegado a esta etapa, se vuelven cada vez más trabajadores, tanto que no saben estar sin hacer nada. Puede suceder que no puedan permanecer ociosos ni siquiera mientras esperan a alguien. Están completamente dispuestos a la actividad.

Mientras más se dé este desarrollo, más breve será el período del falso cansancio y se alargará cada vez más el tiempo de “quietud” se sigue al trabajo, este es el período en el cual el niño pone en práctica todo aquello que ha aprendido.

Esta es una quietud natural muy especial, un “reposo en la actividad”. Sin lugar a dudas, mientras continúa interiormente un trabajo, que no tiene ninguna relación con el mundo exterior. El niño está íntimamente tranquilo, observa aquello que lo rodea, se da cuenta de los pequeños detalles y realiza toda clase de descubrimientos.

La concentración comprende, por consiguiente, tres períodos: el período de preparación, el período del “trabajo grande”, que está relacionado con un objeto del mundo exterior, y un tercer período que se realiza en el interior y que le da al niño felicidad y claridad. Un rayo de esta claridad se refleja en el ambiente que le rodea, en modo que el niño observa cosas que antes no había notado.

Hagamos otra observación: el niño se vuelve extraordinariamente obediente, desarrolla una paciencia casi inconcebible. Es algo que nos sorprende enormemente: no nos hemos preocupado por enseñarle ni la obediencia ni la paciencia.

Quien no sabe mantener el equilibrio, no se atreve ni siquiera a caminar, ni a utilizar los brazos, por miedo de caer: se moverá tambaleándose. Pero si después aprende a mantener el equilibrio, correrá, saltará, se volteará de derecha a izquierda. Esto vale también en lo que respecta a la vida psíquica. Quien no tiene el ánimo equilibrado y no sabe concentrarse, quien no tiene control de sí mismo, ¿puede doblarse, en este estado espiritual, bajo la voluntad de otros sin estar en peligro de `caer´? ¿Cómo puede obedecer a la voluntad de otros, aquél que es incapaz de someterse a su propia voluntad? La obediencia no es otra cosa que una especie de habilidad espiritual, que tiene su presupuesto necesario en el equilibrio interno.

Esta obediencia surge de la fortaleza y contiene el mejor presupuesto para aquello que se ha llamado “ambientarse”. Todos los biólogos están de acuerdo en que es necesario un exceso de fortaleza para adaptarse a un ambiente dado. ¿En qué consiste este “ambientarse” del que hablar los biólogos? No es más que un exceso de fortaleza, que le permite al individuo conformarse a determinadas exigencias del mundo que lo circunda en modo adecuado, y cultivar esos mecanismos y las funciones que le sean requeridas, de todo lo que lo rodea temporalmente. Pero antes de que tales fuerzas sean puestas en acción, antes de que puedan causar cualquier tipo de acontecimiento, es necesario que esas fuerzas existan en el individuo. Las fuerzas no pueden ser utilizadas cuando son tomadas de las necesidades del ambiente. Hasta un jardinero sabe que un cultivo forzado debilita las plantas.

Por lo tanto, es necesario, antes que nada, ser fuertes y poseer el equilibrio del espíritu para poder obedecer. Así como en la naturaleza un organismo robusto puede adaptarse a las circunstancias, de la misma manera un espíritu fuerte será obediente y sabrá adaptarse a todo.

Se trata pues, de darle al niño la posibilidad de desarrollarse tranquilamente según las leyes de su naturaleza. Así, se robustecerá y se volverá fuerte, hará más de cuanto podamos esperar de él.

¡Cuánto se ha desarrollado, el niño que pudo ejercitar las funciones esenciales de su espíritu (concentración) en paz y libertad! Todo el resto llegó como consecuencia; ha adquirido la señoría de su cuerpo, sabe guiar todos los movimientos según su voluntad y sabe cuidarse a sí mismo. Vemos hasta donde llega este autocontrol, pues puede estar en perfecto silencio. El control que él tiene de sí mismo es muchas veces superior al que tienen los adultos. Pero no debemos olvidar cómo e realizó este desarrollo y mucho menos qué parte jugó el ambiente.

Repitámoslo: no es que puse primero estos principios y después adapté mi método de educación. Sucedió precisamente lo contrario: sólo la observación inmediata de los niños, respetando su libertad, me ha revelado tales leyes de su vida interior. Más tarde descubrí que son de valor universal. Fueron los niños que buscaron la vía que conduce a la fortaleza y la encontraron con instinto seguro.

El Ambiente del Niño

La grandísima influencia que el ambiente tiene sobre los seres vivos ha sido constatada por la biología en diversas ocasiones. Las teorías materialistas de la evolución llegan a atribuirles la facultad de obrar enormemente sobre la vida y sobre la forma de estos seres, mutándolos o transformándolos. Por cuanto esta última teoría haya sido abandonada por muchos estudiosos, la importancia de conocer el ambiente, en el que se desarrolla la vida animal y vegetal, va siempre en aumento a medida que los estudios se vuelven profundos. Esto resulta claro (sin hablar de las investigaciones de otros estudiosos) especialmente en las obras de Fabre, quien, estudiando a los insectos, comunica descubrimientos nuevos, verdaderas revelaciones de su vida, propio porque los ha observado en el ambiente en el que viven habitualmente. Por lo tanto es cierto que no se puede conocer bien ningún ser viviente si no se le observa en su ambiente natural.

Si observamos al hombre, vemos que más que adaptarse al ambiente, él trata de crearse el ambiente más comfortable. El hombre vive en un ambiente social, en el que operan determinadas fuerzas espirituales: las relaciones del hombre con sus semejantes. Estas relaciones constituyen la vida social. El hombre que no vive en un ambiente apto, no puede desarrollar normalmente todas sus facultades, ni puede escrutar en el fondo de su alma para aprender a conocerse. Una de las principales tareas impuestas a la educación moderna es, justamente, la de desarrollar el instinto social del niño, despertando en él las tendencias de vivir socialmente con sus semejantes.

Por lo pronto, el niño no tiene un ambiente que se adapte a él, ya que vive en el mundo de los adultos. Esta desproporción tiene consecuencias características en la vida del niño de hoy. Parece, antes que nada, que a causa de la diferencia de dimensiones entre el niño y los objetos que lo rodean, no sepa encontrar ninguna relación entre él y los objetos mismos y que, por consecuencia, no pueda alcanzar su desarrollo natural.

Esta desproporción es notable no sólo en la diversidad de las dimensiones, sino que también en la mayor o menor agilidad de los movimientos. Imaginemos a un prestidigitador que sepa cumplir con destreza todos sus trucos, demostrando una extraordinaria facilidad de movimiento. Ahora, si quisiera tratar de imitarlo, diría: “Pero, ¿qué haces?” Porque ciertamente no sería capaz. Si después intentara repetir lentamente sus trucos, seguramente perdería la paciencia. ¿De esta forma nos comportamos con nuestros niños? Quisiera dar un consejo muy simple a todas las madres: “Dejen que sus niños de tres o cuatro años se laven, se vistan solos, déjelos comer solos como les acomode”.

Si tuviéramos que vivir únicamente un día en un ambiente similar al que preparamos para nuestros niños, creo que seríamos muy incapaces. Deberíamos utilizar todas nuestras fuerzas, todas nuestras energías en defensa de nosotros mismos, nos escudaríamos diciendo “¡No, déjame, no quiero!” Terminaríamos por romper a llorar como los niños, por no haber encontrado otro medio para defendernos. Pero las mamás dicen “¡Que niño tan caprichoso! ¡No quiere levantarse, no quiere acostarse y siempre dice: no quiero, no quiero! Ya sabe que no debe decir >no quiero<!”

Pero si le preparamos en casa un ambiente que le sea adecuado a sus dimensiones, a sus fuerzas, a sus facultades psíquicas, si lo dejamos vivir libremente, habremos dado un gran paso hacia la solución del problema educativo en general, ya que habremos dado al niño su ambiente.

Una “casa de los niños” o, si queremos” una escuela, si la examinamos desde este punto de vista, debe tener, como hemos dicho anteriormente, muebles y objetos hechos a la medida de los niños, adaptados a sus fuerzas físicas, de este modo ellos podrán moverlos con la misma facilidad con la que nosotros movemos los muebles en nuestras casas.

He aquí, por lo tanto, los principios fundamentales: los muebles deben ser ligeros y dispuestos en modo que el niño pueda transportarlos fácilmente; los cuadros colgados a una altura que permita al niño la observación cómoda. Con el mismo sistema, debemos disponer todos los objetos, comenzando con los tapetes, para terminar con las macetas, los platos,

etc. El niño debe ser capaz de usar todo lo que necesita para ordenar la casa y debe poder hacer todos los trabajos de la vida diaria; debe barrer, cepillar los tapetes, lavarse, vestirse, etc.

Los objetos deben ser sólidos y atractivos a los ojos del niño; la “casa de los niños” debe ser bella y placentera en todos sus particulares, ya que la belleza invita al trabajo. También los adultos quieren una casa bella para alimentar el amor al hogar. Existe una relación matemática entre la belleza del ambiente y la actividad del niño; barrerá, por ejemplo, de muy buena gana, con una escoba graciosa que no con una fea.

Los niños intuyen muy bien estas cosas. Una niña de nuestra Casa de los niños en San Francisco, un día fue a ver una de las escuelas tradicionales e inmediatamente fue a los bancos polvorientos. Le dijo entonces a la maestra: “¿Sabe por qué sus niños no sacuden y dejan todo en desorden? Porque no tienen sacudidores bonitos. A mi tampoco me gustaría sacudir si no los tuviera”. El mobiliario de la casa del niño debe ser lavable. Tal vez hay quien piensa que esto sea solo por higiene. El verdadero motivo es que los muebles lavables le dan ocasión al niño de realizar un trabajo que hace con mucho gusto. De esta forma aprenden a poner atención, descubren las manchas y se acostumbran, con el tiempo, a ser responsables de la limpieza de todo lo que los rodea.

Muchas personas me han aconsejado poner rueditas de goma en las patas de las mesitas para evitar el ruido, pero prefiero el ruido, que evidencia cualquier movimiento. Es sabido que el niño no tiene movimientos regulares y que no sabe controlarse; sus músculos cumplen, en comparación a los nuestros, movimientos desordenados, propio porque no han aprendido aún el orden.

En la “casa del niño” se revela fácilmente cada error, cada movimiento incorrecto: la silla hace brr.. y la mesita trr... y el niño dirá: “Así no está bien” También debe haber un cierto número de objetos frágiles: vasos, platos, floreros, etc. Estoy segura de que los adultos exclamarán “¿Cómo? ¡Darles vasos de vidrio a niños de tres o cuatro años! ¡Seguro que los

romperán!” De esta forma se le dé más importancia al vaso de poco valor que a la educación de los movimientos del niño.

En casa, que es su casa, el niño tiende a ser tan gentil y cuidadoso como le sea posible, y trata de ser más cuidadoso con sus movimientos. De esta forma entra a la perfección sin darse cuenta. En ocasiones observamos en él una felicidad, una dignidad totalmente nuevas que son inefablemente conmovedoras. Nos demuestra que este es el camino natural y que él lo ama. Porque en el fondo, ¿cuál es el objetivo del niño de tres años? Crecer. Tiende a convertirse en hombre, a perfeccionarse y a hacer todo lo que le ayude en este perfeccionamiento, en otras palabras, busca ejercitarse, ya que el ejercicio quiere decir desarrollo. Si, por ejemplo, el niño encuentra placer al lavarse las manos, no es tanto por el gusto de lavarse, sino por el trabajo que es necesario realizar, la acción ya que la acción que le procura la vida, es la fuerza de la que surgen todas sus fuerzas.

¿Qué hacemos frente a esta vida que se desarrolla y que tiende a perfeccionarse consumando trabajo y energía? A menudo impedimos con todas nuestras fuerzas que llegue a su meta. En algunas escuelas, por ejemplo, las mesas y los bancos están fijos al suelo; los niños son vivaces, se mueven sin gracia, pero no se dan cuenta que con esos movimientos podrían voltear los bancos si no estuvieran fijos. De esta forma obtenemos cierto orden en la escuela, pero los niños nunca adquirirán orden en sus movimientos. Si le dan al niño un vaso o un plato de metal, lo tirará, lo pisará sin que se rompa, así habrán tomado el puesto de un diabólico tentador. De este modo buscamos esconder el mal, para que no se vea, mientras que el único interesado no puede darse cuenta de sus necesidades. El niño, además de persistir en sus errores, será desviado del desarrollo regular de su vida.

El niño, cuando quiere hacer algo por si solo, se empeña y está animado. Lo vemos que se afana... inmediatamente intervenimos para realizar mejor lo que él había comenzado.

Tal vez la voz del tentador suena así: “Te quieres vestir y lavar solo, no te atormentes tanto, aquí estoy para ayudarte en todo lo que tu corazón desea”.

Al niño que le hemos quitado toda la buena voluntad, se vuelve caprichoso; complacemos sus verdaderos caprichos y creemos que le estamos haciendo un bien.

Reflexionen un poco que sucedería con un niño que en sus primeros años de vida estuviera encerrado en una casa en donde no hubiera más que objetos que no se pudieran romper ni se ensuciaran; en una casa, donde no fuera necesario ejercitar ningún dominio de sí mismo ni poner atención en el manejo de objetos de uso común. Quedaría privado de muchas experiencias necesarias y su vida le haría falta algo siempre.

Hay algunos niños a los que nadie puede complacer jamás: están siempre inquietos, siempre en el suelo; no se quieren lavar y sus padres nunca intervienen. “¡Cómo son pacientes y buenos!” se dice de las personas que pueden soportar niños como estos mañana, tarde y noche. Pero, esta bondad ¿es verdadera? ¡Qué falsa idea de la bondad!

La verdadera bondad no consiste en soportar toda clase de aberraciones, sino en buscar los medios para evitarlas; consiste en todos los hechos que den al niño la posibilidad de vivir naturalmente.

Dar al niño lo que necesita para vivir; comprender que es un pobre pequeñito que no tiene nada, darle todo lo que necesita: esta es bondad, esta es misericordia.

Observemos un poco al niño en su ambiente, el que su naturaleza reclama. Veremos como trabaja espontáneamente en su perfeccionamiento. El camino correcto está ya indicado, no únicamente por los objetos que utiliza, sino que también por la posibilidad de reconocer sus propios errores mediante estos objetos.

¿Qué hacemos? Nada.

Nos hemos ocupado de procurar darle lo que necesita. Ahora debemos alejarnos y observarlo, seguirlo casi a una cierta distancia, sin molestarlo con nuestra intervención, pero sin abandonarlo. Casi siempre lo veremos tranquilo, bastarse a sí mismo hasta que se entretendrá haciendo algo que le parezca serio. ¿Qué nos queda hacer si no observar? Así se crea la escuela en la que los niños desarrollan espontáneamente su actividad, mientras la maestra se limita a la espera, justo el contrario de lo que sucede en las escuelas tradicionales, en las que la maestra asume la parte activa mientras el niño debe permanecer pasivo. La maestra debe limitarse cada vez más a observar, mientras más lo haga, más aumentarán los progresos del niño.

El conserje había olvidado abrir la puerta de la escuelita y los niñitos estaban tristes porque no podían entrar. Entonces la maestra les dijo: “Todos los niños pueden entrar por la ventana, pero yo no” Y sucedió que los niños entraron por la ventana y ella los cuidó desde afuera.

Un ambiente hermoso, que guíe al niño y que le ofrezca los medios para ejercitar sus propias facultades, puede permitir que la maestra se ausente temporalmente; la creación de un ambiente así, ha realizado un gran progreso.

El Niño en Familia

Hemos visto que la educación infantil hasta ahora había sido basada en ideas falsas y preconceptos equivocados. No se trata de hacer prevalecer otras ideas, más positivas, derivadas de la observación inmediata. Considerando el suceso obtenido del método de observación en todos los campos, se puede deducir fácilmente que cambiará también las directrices de la pedagogía.

La educación moderna, que observa al niño antes de arriesgarse a quererlo educar, finalmente debe penetrar en la familia y crear, además de un niño nuevo, padres y madres novatos.

Hasta ahora la tarea principal de los padres era la de corregir las faltas de los niños, enseñándoles lo que a ellos les parecía bueno y justo, con el ejemplo por delante, con buenos preceptos, advertencias y, si estas no eran suficientes, con gritos y castigos. Es más, quedaba sobre entendido que nadie más que la familia tuviera el derecho de adoptar el castigo como sistema educativo.

Pero este derecho hace pesar en los padres dos inmensas responsabilidades: representan, respecto a los niños inermes, una potencia junto a una autoridad sin comparaciones; además, unida a esta posición, los padres tienen la obligación de permanecer continuamente como ejemplo.

Padre y madre saben muy bien que sus hijos pueden convertirse en buenos o malos por su culpa. Comúnmente se dice que la madre arrulla en las rodillas el destino de la Patria; a pesar de que ni el padre ni la madre están preparados para esta difícil tarea. Sin embargo, la madre, en su juventud, habrá tenido que experimentar que solamente con el ejercicio y la paciencia se logran realizar las acciones más simples, pero seguramente nunca se le habrá ocurrido preguntarse cómo se hace para educar a un niño; el padre habrá aprendido muchísimas cosas cuando era joven, pero no se habrá tomado la molestia de reflexionar cómo se forma un carácter, ni se habrá dado el tiempo de observar a un niño.

Como consecuencia, esta gran tarea de responsabilidad se deja, muy a menudo y de modo arbitrario, al azar o a la buena voluntad, o bien, a experiencias que han perdido cualquier tipo de vitalidad, porque ya han perdido sentido.

Es muy difícil volverse de repente modelos de perfección, tales que valga la pena de ser imitados por los niños. Ya que, hasta el momento en el que en la familia florece esta nueva vida inocente, padre y madre entran en la carrera de reconocer sus propios defectos. Considerando sus faltas, se reconocerán seres imperfectos. Pero, de repente, les llega un nuevo deber: deben ser perfectos. Les toca educar a los hijos con autoridad consciente, corregir los defectos y mejorarlos con castigos, pero sobre todo con el brillante ejemplo de su perfección.

Esto crea una situación que no nos detendremos a discutir a detalle, porque todos conocen las dificultades y las contradicciones que se derivan en la vida común.

Pongamos como ejemplo la mentira.

Una de las tareas más importantes, que toda buena madre se pone, es la de encaminar a los hijos hacia la sinceridad.

Una mamá que conozco, enseñaba a su niña a no mentir nunca y solía contarle la bajeza de la mentira, mientras elogiaba la valentía y la firmeza de carácter de quien está listo a sacrificar todo, antes de cometer una acción tan baja. Se esforzaba de hacer comprender a la hija que de una mentira, puede derivarse una larga serie de acciones malas, que conducen a todo aquello que existe de malo en el mundo y justifican el proverbio: “El que miente, roba”. Acentuaba sobre todo el deber de los ricos y de las personas de buena familia de tener en alto su dignidad para dar el buen ejemplo a los pobres, que no pueden ser tan bien educados.

Pero un día esa señora recibió una llamada telefónica: la invitaban a un concierto. Hablando en voz alta, respondió: “¡Qué lástima, no puedo salir! ¡Tengo un dolor de cabeza tremendo!” No había terminado de hablar

cuando escuchó un grito en el cuarto de al lado. Preocupada de que hubiese sucedido algo malo, la señora corrió y encontró a su hija acurrucada en el suelo con las manos en la cara. “¿Qué te sucede mi pequeña?” Entre gritos la niña contestó: “¡Mi mamá dijo una mentira!”

Su confianza se había roto. Una muralla se levantaba entre la madre y la hija. Sus ideas sobre la vida social se habían confundido, su sagrario había sido profanado.

Esa madre que se había tomado la molestia de habituar a su niña a la sinceridad, no había pensado a las mentiras que solía decir diariamente.

Con mucha frecuencia los adultos, que se afanan en despertar en el niño la sinceridad, lo circundan con falsedades, que no pueden ser incluidas entre las “mentiras convencionales”, sino que son meditadas y tienen como única finalidad engañar al niño. Tal vez deberíamos considerar bajo este aspecto las historias que se les cuenta a los niños de los Reyes Magos que traen regalos. Un día una madre que se sentía mal por engañar de esta forma a su hija, trató de confesárselo; la niña se sintió tan desilusionada y se sintió tan engañada, que su tristeza duró una semana. Su madre lloraba mientras me contaba este drama.

No siempre la situación es así de seria. Otra madre le hizo la misma confesión a su hijo y él se soltó a reír: <Ay mamá, ¡hace mucho tiempo que sé que los Reyes Magos no existen!> <Bueno, pero, ¿por qué no me lo habías dicho?> <Mamita, ¡veía cuánta alegría te causaban!>

A menudo, se invierten las partes. Los niños, que son uso observadores finísimos, tienen piedad de sus progenitores y los consecuantan, para regalarles una alegría.

Muchos padres exigen que sus hijos se sometan sin discusiones a sus órdenes, y al mismo tiempo, quieren ser amados con todo el corazón. También aquí los hijos son, muchas veces, maestros de sus padres, porque sus pensamientos son puros, son sentimientos con una justicia increíble.

Una noche, una buena madre quería mandar a la cama a su hijito. Él, sin embargo, le pidió que lo dejara terminar un trabajo que había comenzado, pero la madre no se lo concedió. El muchachito terminó por irse a dormir, pero un poco más tarde se despertó para terminar su trabajo. La mamá lo tomó por sorpresa y lo regañó duramente, porque la había engañado: <No mamá, yo no te he engañado, al contrario, ya te había explicado antes que quería terminar este trabajo>. Para no entrar en discusiones, la mamá le ordenó que le pidiera disculpas, pero el niño se obstinaba en discutir la palabra “engañar” como se había obstinado en no ir a dormir por querer continuar su trabajo, y entonces continuó a explicar que no había engañado a nadie, por lo tanto, no necesitaba pedir disculpas. <Muy bien, me doy cuenta de que no me quieres> fueron las palabras de la madre.

<Mamá, te quiero tanto, es por eso que no puedo pedirte perdón, cuando ¡yo soy el que tengo razón!>

Nos parece que sea el niño quien ha hablado como un adulto y que sea la madre que ha hablado como niño.

Doy un ejemplo más. Se trata de un padre de familia. Un pastor protestante que predicaba cada domingo, y su hijita asistía a sus sermones. Una vez habló de la misericordia de Jesús hacia la humanidad, y dijo que todos los hombres son hermanos, que los pobres y los infelices nos recuerdan a Jesús y que les debemos amar si queremos llevar nuestra alma a la salvación eterna. La pequeñita, salió de la iglesia conmovida y llena de ardor, de regreso a casa encontró a una pobre jovencita llena de cenizas pidiendo limosna.

La niña corrió a su encuentro, la abrazó y la besó con afecto. Los padres, asustados, jalaron rápidamente a su hijita, tan limpia y arreglada, y le gritaron por haber corrido de esa manera. De regreso a casa, le dieron un bañito caliente y le cambiaron el vestidito. Desde ese día, la niña escuchó los sermones de su padre con el mismo ánimo con el que escuchaba historias indiferentes que no tenían nada que ver con su vida.

Como este, hay tantos y tantos conflictos, generados de las relaciones tergiversadas entre los padres y los hijos, o, en general, entre adultos y niños.

La desproporción entre nuestras pretensiones y nuestra insuficiencia para corresponder a estas pretensiones, nos pone delante de los niños en una posición falsa y nos lleva, continuamente a tener conflictos que al final, se convierten en una verdadera lucha entre padres e hijos. Se abre un abismo entre ellos y no saben como reencontrarse. Naturalmente en esta lucha vence el más fuerte. El adulto no puede dominar al pequeño rival hasta que se atiene a métodos persuasivos, únicamente porque sabe que no tiene la razón. En estos casos, los padres tratan de resolver el conflicto recurriendo a su autoridad: obligan a sus hijos a obedecer, dándose aires de ser perfectos. Obtenida la victoria, la revalidan ordenando a los niños que guarden silencio, para poder asegurar la paz! No se dan cuenta de que al mismo tiempo, los hijos pierden la confianza en sus padres y pierden en sus relaciones toda la espontaneidad y la confianza.

De esta forma, sus necesidades más imperiosas, las más profundas, son reprimidas. Como consecuencia se manifiestan aspectos característicos de reacción, de adaptación al mundo errado de los adultos, nacen tensiones físicas, que pueden degenerar en verdaderas enfermedades. Estos daños son tan frecuentes que son ya tomarlos en cuenta como propios y característicos del niño, cuando en realidad son solamente reacciones de defensa, como por ejemplo: la timidez, la mentira dicha para esconder una travesura (que es una forma de vileza), el miedo, así como la mentira, son causados por la sumisión pasiva. La mentira tiene consecuencias más graves, pues genera en el subconsciente una confusión de imágenes y de sentimientos. Aparece en los niños a los que les falta la posibilidad de un desarrollo interior tranquilo. A estos males tenemos que agregar la imitación pasiva, que se puede considerar como una puerta de ingreso a la infección moral, como un medio de perfeccionamiento y de evolución. No se progresa mediante la observación de los demás, sino únicamente con el trabajo propio. Aquellos deseos del niño que son reprimidos, permanecen encerrados, como depósitos podridos, en el fondo de un agua estancada, y

el niño no está ya en grado de apreciarlo de manera lógica y justa, porque no le ha podido realizar y no los puede frenar, porque no ha tenido la oportunidad de ser su amo y señor: están siempre presentes, lo atraen poco a poco y lo seducen por una secreta curiosidad. A menudo, el adulto sofoca el impulso de actuar que es propio del niño, le impide vivir, hacer algo útil, se sobreponerse a los grandes esfuerzos, en una palabra, lo obstaculiza en su tendencia hacia el desarrollo de su espíritu que sigue las leyes naturales. Como consecuencia, la actividad infantil se encamina sobre las vías equivocadas, se torna hacia miles de objetos inútiles, juguetes y frivolidades que no sirven para nada. Un choque inconsciente que actúa paralizándolo funestamente, reduciendo al ser destinado a vencer todos los obstáculos del mundo, a decaer en la inercia resignada de la pereza.

Le han cortado las alas de su alegre y sano impulso hacia la actividad. Se le impide la que es la más natural de las expresiones vitales: la ocupación. Su fantasía no se detiene sobre cosas reales que le interesen, sino que vaga perdida y sin sentido, buscando en vano en el mundo externo un punto de apoyo natural. Así nace en el niño una forma de vida enfermiza y fantasiosa que lo jala hacia un mundo completamente irreal, justamente porque se le ha escondido la realidad en todos sus aspectos.

Pero su pequeña alma se opone y se defiende constantemente. Como sucede a todas las criaturas impotentes, esta oposición se manifiesta de tanto en tanto con disparos de berrinches nerviosos, gritos, caprichos, lagrimas y espasmos. Si el niño está sano, encuentra una salida en una serie de travesuras –casi siempre este es otro aspecto de la rebelión petulante y meditada– que consumen la energía de todos, menos la de él, sacan de quicio con desplantes y majaderías que solo una fantasía desocupada y ociosa puede producir.

Sucede pues, que estos pequeños revoltosos (que son la desesperación de los maestros, educadoras, personas de servicio, amigos de casa) se dan cuenta de que los demás niños son imitadores y pequeños secuaces. La verdad es que también el adulto se comportaría de la misma manera

delante de un enemigo que penetrara en su territorio y quisiera dictar leyes.

El sistema nervioso del niño sufre en esta lucha, y los médicos comienzan a constatar que la causa íntima de muchas enfermedades nerviosas no es otra que la constricción sufrida durante la infancia. Con frecuencia desde la infancia aparecen síntomas peligrosos como el insomnio, las pesadillas nocturnas, los trastornos digestivos, en ocasiones tartamudez. Todos estos males tienen una causa única.

Los padres honestamente realizan todo lo posible por curar las enfermedades nerviosas de sus hijos y se afanan en mejorar sus defectos de carácter. Consumen todas sus energías para remediar los males que ellos mismos han causado, no solo esos sino los que se pueden desatar en la vida adulta. Todo lo que se origina de la opresión, que revestida de amor, traiciona las necesidades del niño.

¡Liberemos el alma oprimida del niño! Como por arte de magia desaparecerá todo mal, por lo menos aquél que fue causado por la opresión. Quedarán solo los defectos dependientes de la constitución. La imperfección humana siempre sentirá la necesidad de una autoridad que enseñe la verdad y que indique el camino justo para no equivocarse.

En este punto, consideremos otro lado del problema. Si los padres jóvenes tienen que hacer lo posible para liberar de cada constricción el alma de sus hijos, que son más inocentes que las de ellos, la libertad en la educación no debe ser malinterpretada, como para creer que no se deban corregir los defectos en general. En este caso se expondría al niño a múltiples consecuencias por sus faltas y se le daría como presa fácil de peligrosas enfermedades morales. Por no darle nuevos principios, tiramos solamente otras consecuencias de las ya conocidas. Sobre todo, antes de aplicarlas, pensemos a lo que realmente le está ocurriendo al niño y procuremos complacerlo. Pero para llegar a esta meta, es necesario preparar a los padres.

Casi todas las madres conocen los remedios físicos que se deben proporcionar al niño, como las reglas de la alimentación, la temperatura en la que mejor se desarrollan, y las ventajas de la vida al aire libre, que proporciona oxígeno a los pulmones.

Pero el niño no es simplemente un ser que necesita nutrición. Él es, desde su nacimiento, una criatura que tiene un alma y si debemos cuidar de su bienestar no basta con enfocarnos a sus necesidades materiales necesitamos abrirle un camino para el desarrollo espiritual, necesitamos, desde el primer día, respetar los movimientos de su ánimo y saberlos seguir y complacer.

La higiene del cuerpo nos da directivas seguras a seguir sobre cómo tratar al niño; la higiene del alma, que se extiende en un campo mucho más vasto, las debe complementar.

El niño no necesita nada más comer, la alegría que encuentra en realizar algunos movimientos que nadie debería impedir nos manifiesta una señal de sus numerosas necesidades. En lugar de reprimirla, es necesario proporcionar los medios adecuados para desarrollarla.

La mayor parte de los juguetes modernos no ofrecen los incentivos espirituales que el niño necesita, creo que así como son, terminarán por desaparecer. Examinemos su transformación en los últimos años. Estos juguetes toman dimensiones cada vez mayores. La muñeca es tan grande que alcanza la altura de la niña y en proporción han fabricado todo de acuerdo al tamaño de la muñeca: camas, juegos de té, etc. La niña está feliz. Si los juguetes crecieran aún más, la niña se verá como rival de su muñeca, querrá para ella su camita, sus sillitas. A este punto, la niña estará contenta pero no tendrá más juguetes.

La niña habrá encontrado un ambiente propio y usará con gran alegría los objetos que estaban destinados para la muñeca. Todas estas cosas bellas y útiles le darán una nueva vida –la verdadera vida– la única que la pueda hacer feliz y que le ayudará a crecer de manera natural.

Debemos dar al niño un ambiente que le pertenezca totalmente a él: un pequeño lavabo, silloncitos, armarios con cajones que él pueda abrir conteniendo objetos de uso común que él pueda utilizar, una camita con una cobijita que pueda doblar y extender por sí mismo. Un ambiente en el que el niño podrá vivir y jugar: entonces lo veremos trabajar todo el día con sus manitas y esperar con impaciencia la hora de desvestirse y acostarse en su camita. Sacudirá los muebles, los podrá en su lugar, cuidará su alimentación, se vestirá solo, será gentil y tranquilo, sin lágrimas, sin caprichos, sin berrinches. Afectuoso y obediente.

La nueva educación no consiste en preparar un ambiente adaptado al niño y en reconocer en general, que él ama el trabajo y el orden; es necesario observarlo, para reconocer las manifestaciones de su espíritu, que se está abriendo. El nuevo camino es un camino del espíritu que no renuncia a todo lo que ha adquirido en lo que se refiere a la salud del cuerpo, pero se apropia todo esto y lo utiliza para obtener nuevos progresos. Claro que este momento psicológico es para nosotros de máxima importancia; este es el secreto de la nueva educación.

Trataré de enunciar los principios que pueden servir a la madre para encontrar el camino más adecuado.

El más importante es: *respetar todas las formas de actividad razonables del niño y tratar de entenderlas.*

Casi siempre las expresiones de vida del niño que indican el poder íntimo que lo mueve a desarrollar sus energías en todos los campos nos pasan desapercibidas. Cuando hablamos de la "actividad infantil", pensamos a algún hecho particular observado, tal vez, porque ha conmovido nuestra débil atención. Probablemente podía tratarse de alguna mala reacción, de alguna desviación psíquica producida por la falta de ejercicio o de la explosión de una energía reprimida por mucho tiempo. Al contrario, las señales de la verdadera actividad infantil no son fáciles de descubrir: es necesario creer en todo el bien que está escondido en el niño y prepararse a reconocerlo con cuidado y amor. Solamente de esta forma estaremos en posibilidad de apreciarlo correctamente.

Los padres tienen que prepararse de esta forma, si quieren llegar a comprender totalmente las manifestaciones naturales. Pero, he aquí algunas observaciones deducidas de la vida del niño en familia:

Antes que nada, contaré lo que ocurrió a una niña de tres meses, un pequeñito ser en el umbral de la vida. Esta niña parecía haber descubierto apenas sus manos y se esforzaba para observárselas bien, pero sus bracitos estaban demasiado cortos, y, para verse las manos, tenía que torcer los ojos. Podía realizar un esfuerzo bastante grande. Había tanto que poder observar a su alrededor, pero, solamente sus manos le interesaban. Sus esfuerzos eran la expresión de un instinto, que sacrificaba sus propias comodidades para satisfacer una necesidad interior.

Más tarde, le dieron a la niña algo en su manita, para tocarlo, lo tenía con indiferencia. Ese objeto, aparentemente, no la interesaba. Abrió la manita y lo dejó caer sin ningún interés. En cambio, su carita adoptaba una expresión inteligente cada vez que se esforzaba en coger objetos con sus manitas, cercanos o lejanos, frecuentemente sin lograrlo. Observaba con aires de interrogación su manita como diciendo: <¿Cómo es posible que a veces puedo aferrarlos y otras veces no?>

Evidentemente, el problema de la función de las manos había atraído su atención. Cuando esta pequeñita tenía seis meses, le dieron una sonaja con una campanita de plata. Se lo pusieron en la mano, ayudándola a agitarlo para sonar la campanita. Después de algunos minutos dejó caer la sonaja. Lo recogieron y se lo dieron nuevamente, y así muchas veces. Parecía que la niña tuviera una meta al hacer caer la sonaja y obtenerlo después. Un día, mientras tenía la sonaja en las manos, comenzó a abrir un dedo, luego otro, y otro, en lugar de abrir como de costumbre toda la mano. Finalmente abrió el último dedo y la sonaja calló al piso. La niña se veía los dedos con gran atención. Volvió a realizar el movimiento viendo atentamente sus dedos: lo que la interesaba, evidentemente, no era la sonaja, sino el juego, la función de sus dedos que sabían tener el objeto y esta observación le procuraba gran alegría. Primero, la niña había forzado sus ojos en una posición incómoda para observar la mano, ahora

estaba estudiando como funcionaban. La madre, sabia, se limitaba a recoger y darle pacientemente la sonaja. De esta forma, tomaba parte en la actividad de su hijita y comprendía la gran importancia que tenía para ella repetir este ejercicio.

Este es un pequeño hecho que explica las necesidades más simples de un niño en su primera edad. Pero si esta pequeña no hubiera sido observada adecuadamente, probablemente le habrían envuelto las manos para impedir que se volviera bizca, o le habrían quitado la sonaja porque la tiraba a propósito al suelo, y todo lo que hemos descrito hubiera pasado inobservado. Se habría reprimido un medio finísimo y natural para desarrollar la inteligencia de la niña. En lugar de disfrutarlo, probablemente la pequeña habría roto en llanto, en ese llanto aparentemente sin razón al que no le damos importancia, un llanto que desde el nacimiento extiende un velo de incompreensión entre nosotros y el alma infantil.

Tal vez, muchos dudarán que los más pequeños tengan esta vida interior. Es necesario, ciertamente, aprender a entender el lenguaje del alma que se forma, como cualquier otro lenguaje, si se quieren conocer las necesidades de los pequeños seres y nos persuadimos de su importancia para la vida que se desarrolla. El respeto a la libertad del niño consiste en ayudarlo en los esfuerzos que realiza para crecer.

Veamos otro caso. Un niño de casi un año miraba las figuras que su madre le había preparado desde antes de que naciera. El pequeño besaba las figuras de los niños y se sentía especialmente atraído por la figura más pequeña. Sabía distinguir las imágenes de las flores y las acercaba a su carita haciendo como si las olfateara. Claramente se notaba que el niño sabía como debe comportarse ante las flores y ante los niños.

Algunas personas que lo observaban, pensaban que el niño tenía una gracia particular, inimitable y se pusieron a reír y comenzaron a forzarlo a besar y oler una cantidad de objetos, riendo ante sus manifestaciones, que a ellos les parecían tan graciosas y que obviamente no tenían, para ellos, ningún significado. Le dieron colores para que los oliera y cojines para que

los besara, pero el niño se sintió confundido y en había desaparecido de su rostro esa expresión atenta e inteligente que tenía mientras jugaba con sus niños y sus flores. Antes se sentía feliz de poder distinguir una cosa de otra y de explicar la actividad que correspondía a cada una: esta era una adquisición nueva e importante de su inteligencia, esta ocupación razonada lo había hecho completamente feliz. Pero él aún no tenía la fuerza interna para defenderse de la intromisión brutal de los adultos. Así terminó con los besos y las olfateadas, y comenzó a reír viendo reír a los que lo atormentaban y que le habían impedido el camino para su evolución independiente.

¡Cuántas veces realizamos actividades similares con nuestros niños sin saberlo! Sofocamos sus instintos naturales y provocamos en dichas circunstancias una agitación desesperada, hasta que llegan las lágrimas “sin razón”, lágrimas de niños que nosotros, adultos ciego, no entendemos, como tampoco nos interesa la sonrisa feliz que se deriva de una necesidad espiritual satisfecha. Y esto sucede precisamente al inicio de la vida, cuando las impresiones son particularmente delicadas y apenas comienzan a verse los primeros movimientos del alma humana. Ya desde este momento comienza la cansada lucha entre el adulto y el niño.

Arrullamos al niño, lo dormimos... y no se escucha esa pequeña alma que pide ayuda.

Si, por el contrario, el niño es comprendido, veremos que tiene menos necesidad de dormir. Sus ojos son vivaces e inteligentes, se manifiestan en él los primeros síntomas de la socialización. Busca ayuda y se dirige a aquellos que se la pueden dar. Muy a menudo se escucha decir: “El niño no ama a la madre, sino al seno que lo nutre, así como ama a quienes le ofrecen golosinas”. No: ya desde sus primeros pasos en la vida, el niño ama a aquellos que lo ayudan a perfeccionar su espíritu.

Es patente que los pequeños buscan la compañía de los grandes y se esfuerzan de mil maneras por incorporarse a su vida. El niño se siente verdaderamente satisfecho cuando puede sentarse a la mesa con la familia o reunirse en el salón mientras la familia conversa.

Las voces humanas que hablan con paz y tranquilidad son evidentemente la música más bella para sus oídos. La naturaleza le ofrece este medio para aprender a hablar

El segundo principio es este: *Es necesario satisfacer lo más pronto posible el deseo de actividad del niño, no servirlo, sino educarlo para que logre su independencia.*

Hasta ahora las primeras palabras y los primeros pasos siempre se han contado como piedras milenarias visibles y casi simbólicas en el desarrollo infantil y se conocían como los primeros progresos fundamentales. Las primeras palabras implican el desarrollo del lenguaje, los primeros pasos, el progreso del poder sostenerse erguido y caminar. Por estos motivos son eventos importantísimos para la familia y la madre, que es sabia e inteligente, señala oportunamente la fecha en el diario del bebé.

Caminar y hablar son dos conquistas realmente difíciles. Se necesitan muchos esfuerzos antes de que el niño pueda mantener el equilibrio de su pequeño cuerpo con una cabeza proporcionalmente más grande y sostenerse en sus pequeñas piernitas cortas. También la palabra es un medio de expresión bastante complejo. Por supuesto que estas dos conquistas no pueden ser las primeras en la vida de un niño. Su intelecto y su sentido de equilibrio tienen que haber realizado una larga serie de ejercicios, hablar y caminar erguido son solo dos etapas muy fáciles de observar. Lo cierto es que amerita que pongamos mucha atención en el proceso que realiza mientras recorre este proceso para llegar a conquistarlas.

El niño se desarrolla según la naturaleza, es verdad, pero precisamente por eso necesita ejercitarse muchas veces. Si le falta el ejercicio, su inteligencia permanece en un escalón inferior, casi me atrevo a decir que se presenta una especie de pausa en el desarrollo de los niños que de pequeños son obligados a estar en brazos o guiados en todo momento.

Quien no sabe respetar las manifestaciones de los pequeños, desde que le ofrece los primeros alimentos durante la ablactación, le pondrá en su boca

bruscamente la cucharita con la papilla. En cambio, coloca al niño sentadito en su sillita dándole el tiempo necesario para comer, muy pronto podrá observar cómo trata de tomar con su mano la cucharita para llevársela a la boca.

Por supuesto que esta es una gran tarea para la madre y necesita tener mucha paciencia y mucho amor; la madre tiene que nutrir al mismo tiempo el cuerpo y el espíritu, pero el espíritu tiene que tener la precedencia. Es absolutamente necesario que la madre deje a un lado sus conceptos –del todo loables– de limpieza, porque en este caso la limpieza tiene un valor secundario. El niño que comienza a comer solo por supuesto que no lo hará bien y se ensuciará todo, todo. Pues bien, entonces es necesario sacrificar la limpieza a por el impulso justificado de actividad. En el transcurso de su desarrollo, el niño perfeccionará los movimientos y aprenderá a comer sin ensuciarse. La limpieza cuando es conquistada de esta forma, representa un verdadero progreso, otro triunfo del espíritu infantil.

El esfuerzo de voluntad del que es capaz el niño se demuestra en una gran cantidad de ejercicios razonados que realiza continuamente. Antes de hablar, antes de poder caminar –casi al final del primer año– comienza a actuar como si obedeciera una voz interior. Sus intentos de comer solo utilizando la cucharita son conmovedores: no puede llevar a la boca la comida que desea, tiene hambre y rechaza a quienes quieren ayudarlo. Solo cuando se siente satisfecho de su esfuerzo aceptará la ayuda de la madre. Está terriblemente sucio, pero su carita manifiesta un brillo de alegría e inteligencia. Ahora, ya que sus esfuerzos lo han dejado satisfecho, permite que la madre le ayude. Vemos, con asombro, que un niño educado de esta forma logra servirse y comer solo antes de cumplir el año. No sabe hablar, pero entiende perfectamente lo que le dicen e intenta responder con sus actos.

Estas fatigas del niño, que son hechos naturales, nos dan la impresión de una inteligencia precoz. Le decimos: <¡Límpiate las manitas!> y nos

obedece. Lo mismo sucede cuando se le invita a que recoja algo, o sacuda algún objeto, lo realiza con gran celo.

Un día estaba recorriendo un sendero con piedras acompañada de un niño de un año que apenas había comenzado a caminar. Mi primer impulso fue tomarlo de la mano, pero lo pensé mejor y traté de guiarlo con mis palabras: <Camina por este lado, cuidado con esa piedra, atento por aquí> El pequeño me escuchaba con gran seriedad y obedecía y no se cayó ni se lastimó las manitas. Lo guiaba paso a paso con un ligero murmullo y él se sentía feliz mientras me escuchaba atentamente pues podía realizar una actividad razonando lo que estaba haciendo, estaba comprendiendo cada una de mis palabras y correspondía con sus movimientos. La madre debería realizar su tarea de guía de esta manera.

La verdadera ayuda no debe ser dada para cosas inútiles o arbitrarias, debe corresponder a los esfuerzos del alma infantil. El presupuesto debe ser la comprensión de la naturaleza infantil y el respeto hacia todas las formas de su actividad instintiva.

El tercer principio es: *Ya que el niño es tan sensible más sensible de lo que creemos a las influencias exteriores, debemos ser muy prudentes en nuestra relación con él.*

Si no tenemos suficiente experiencia ni suficiente amor para poder distinguir todas las finas y delicadas expresiones de la vida infantil, si no las sabemos respetar, nos daremos cuenta de ellas solo cuando se manifestarán violentamente, a este punto nuestra ayuda llegará demasiado tarde. Además nos daremos cuenta de no haber satisfecho una necesidad del niño hasta que no escuchamos su llanto, entonces nos lanzamos a consolarlo.

Algunos padres tienen diferentes principios pedagógicos: no consuelan al niño porque saben por experiencia que a final de cuentas dejará de llorar y se calmará él solo. Piensan que si intervienen con caricias y cariños para consolarlo se volverá caprichoso y terminará por tomarlo por costumbre, con el único fin de obtener atención con cada berrinche.

Yo les respondo que todas las lágrimas sin razón aparente, comienzan a aparecer mucho antes de que el niño pueda darse cuenta de que con ellas puede obtener atención. Esas lágrimas son el indicio de la angustia que padece su espíritu. Para construir su vida interior el niño necesita de reposo y uniformidad tranquila, nosotros en cambio, lo molestamos con nuestro continuo y brutal intervención. Además, le lanzamos una cantidad de impresiones desordenadas tan rápidas y seguidas que no tiene tiempo de organizarlas y acogerlas. Entonces el niño llora, de la misma manera como si le faltara el alimento o hubiera comido demasiado y sintiera los primeros síntomas de una indigestión.

Ya sea que consolemos al niño o que lo dejemos secarse las lágrimas él solo, estamos descuidando lo que tiene verdadera importancia. La causa esencial de este llanto nos pasa desapercibida porque es demasiado sutil, y sin embargo en ella está la explicación de todo el conflicto.

Elena, una pequeña que no tenía un año todavía, repetía con frecuencia una palabra en dialecto catalán: <Pupa> que quiere decir “estoy mal”. Sin embargo no lloraba sin una razón evidente.

Observamos que decía <Pupa> cuando recibía cualquier impresión negativa, si se golpeaba con algún objeto, si sentía frío, si por casualidad tocaba una piedra de mármol o pasaba la mano sobre una superficie áspera. Quedaba claro que quería hacerse entender por quienes la rodeaban. Le respondían con una palabra de compasión y le daban un beso sobre el dedito que mostraba para mostrar donde le dolía. Observaba atentamente lo que le hacían y luego, luego, decía <Pupa no>: daba a entender que le había pasado el dolor, ya no había razón para consolarla. Entonces observaba atentamente las impresiones que aparecían en el ambiente. No era una niña caprichosa, por el simple hecho que todos le daban caricias y besos en el momento en que los deseaba. Pero darle la razón en esos momentos le ayudaba a esclarecer sus razonamientos y observaciones y desarrollaba su instinto social. No solo eso, sino que le servía de control y apoyo en las primeras experiencias de la vida. La sensibilidad fina e ingenua de su naturaleza se desarrollaba sin

problemas. Nadie le decía: <No pasa nada> cuando declaraba que sentía un malestar, los que la rodeaban admitían su desagrado y la consolaban con ternura pero sin darle mayor importancia al acto. Decirle a un niño que se siente mal: <No pasa nada> significa confundirlo, porque se le niega su impresión, mientras él nos quiere advertir buscando en nosotros la confirmación de lo que siente. Nuestra participación, en cambio, le da la oportunidad de recibir otras experiencias, y al mismo tiempo, le demuestra como se debe corresponder a las penas de los demás. No se niegan, no se habla demasiado de ellas, no se busca su causa: una palabra tierna y afectuosa es la única respuesta que vale para consolar. Comportándose de este modo, el niño podrá continuar él solo, libremente, sus observaciones y experiencias de manera que su desarrollo físico se verá recompensado.

La pequeña Elena no era una llorona, si se lastimaba decía <Pupa> y se dejaba consolar, pero casi nunca lloraba. En una ocasión se enfermó y repetía a la madre: <Pupa no> como queriéndola consolar. Su capacidad de soportar el dolor físico era superior a su edad. Había una comprensión ordenada por las sensaciones y soportaba su dolor como una persona adulta.

A menudo, los niños lloran desesperadamente cuando ven sufrir a alguien a su alrededor. También la pequeña Elena y el pequeño Lorenzo eran muy sensibles en este aspecto. Si alguien le pegaba por broma a su niñera o si el padre hacía el gesto de pegarle a uno de sus amigos, rompían en llanto. Si alguien se lamentaba o lloraba por cualquier razón, la pequeña corría a besarlo tiernamente e inmediatamente le decía: <Pupa no>, como queriendo decir: <Ahora todo está bien, ya no se hable del asunto>. No sabía hablar pero lo decía con firmeza y claridad. Lorenzo, era más audaz pues regañaba a su padre cuando él hacía algún movimiento impetuoso o lo empujaba hacia un lado; entonces se ponía delante del padre y le decía moviendo los brazos con tono de regaño:<Papá, papá> como si quisiera decir: <No me trates así>.

Un día Lorenzo estaba acostado en su camita y quería dormir. El padre y el vecino hablaban en voz alta. Lorenzo se levantó y se sentó en su cama

desde donde gritó: <¡Papá!>. El padre, después del llamado de atención bajó la voz. Lorenzo se acostó de nuevo y se durmió. Esto me recuerda una vez que Elena, ya más grandecita, casi de tres años de edad. La tía le mostraba las tablitas de colores que forman parte de mi material didáctico. Una de estas tablitas se cayó y se rompió. La tía aprovechó la ocasión para decirle: <Lo ves, hay que estar muy atentas con estas tablitas. A lo que Elena le respondió: <Entonces pon atención ¡y nos las dejes caer!>. Pues bien, es cierto, los niños juzgan y regañan a los adultos, y si los adultos tratan de impedirlo, su sentimiento de justicia se encamina hacia senderos equivocados.

No es necesario que parezcamos perfectos ante los ojos de los niños: sin embargo, es necesario que reconozcamos nuestros defectos y aceptemos pacientemente sus justas observaciones. Reconociendo este principio, se nos podrá perdonar cualquier injusticia cometida delante de los niños.

Un día, la tía de Elena le dijo: <Mi niña, me comporté grosera contigo esta mañana, estaba de mal humor y tú no lo merecías> a lo que Elena respondió: <Tía, tú sabes que te quiero mucho>

No es nuestro deber ser ejemplos de perfección para el niño, porque ante sus ojos siempre tendremos algún defecto. Con frecuencia él los puede ver con mas claridad que nosotros mismos y nos puede ayudar a reconocerlos y enmendarlos.

Seguir con atención todas las expresiones del alma infantil, hace que el niño pueda ser libre para manifestar sus necesidades y que tengamos la capacidad de garantizarle todos los medios externos para su progreso, esta es la premisa para que sus fuerzas internas puedan desarrollarse y formarse en manera armoniosa y en libertad.

El niño siente profundamente y tiernamente cada una de las expresiones de la vida y pide ser muy amado y comprendido. Su primera tarea es la formación de su vida interior, y es con este fin que desde el primer día usa el maravilloso instrumento que le ha sido concedido: la inteligencia.

La nueva maestra

La seguridad de que existen estímulos capaces de despertar en el niño la actividad espiritual, forma la base de nuestro sistema educativo. No se deben realizar señalamientos sobre estos estímulos.

Su mayor o menor eficacia dependen de la maestra y de su modo de presentarles a los niños el material didáctico. Ya que la maestra sabrá hacer que estos objetos sean atractivos para los niños, su enseñanza será tan eficaz como lo sea el material. Es por eso que entendemos como lección o enseñanza de la maestra su especial habilidad para presentarle el material a los niños y enseñarles su uso correcto.

Las personas que estudian nuestro método se ocupan mucho de todo lo referente a la enseñanza de la maestra. Es interesante hacer una comparación entre las lecciones que se dan en nuestras escuelas y las que se acostumbran dar en otras escuelas, en las que se enseña con el método tradicional.

En nuestro método de enseñanza la parte esencial de la actividad se deja a la iniciativa del niño. Apenas llega a la edad de poder realizar acciones razonadas, está en grado de continuar solo su educación, repitiendo cuantas veces lo desee los ejercicios aptos para ejercitar su razonamiento, de esta manera se cumple un trabajo hecho independientemente, que le pertenece a él solo y en el que la maestra no debe intervenir. Su tarea se limita a ofrecer el material. Basta con que ella se lo muestre, después lo puede dejar con su trabajo. Nuestra meta no es la de impartir enseñanzas sino despertar y desarrollar las fuerzas e inquietudes espirituales.

El número de estas lecciones debe ser muy grande, ya que el niño ignora el uso de casi todos los objetos que lo rodean y no lo puede adivinar solo. Corresponde a la maestra mostrárselas. Muchas maestras me han preguntado si basta ofrecer el material con gentileza, delicadamente. No, no es suficiente porque lo que en realidad importa es la manera en que se

debe utilizar. Tomemos como ejemplo los cubiertos. Todos conocemos muy bien su uso, pero, si un chino, que no sabe cómo usarlos los ve por vez primera sobre nuestra mesa, se sentiría confundido, los pasaría de una mano a otra hasta que no viera a alguien utilizándolos.

Así la maestra realiza las lecciones todas las veces que pone los cubos, acomodándolos por tamaños, uno sobre otro, para formar una especie de torre que después derrumba. Cuando quita los cilindros de los bloques, los mezcla y des pues los acomoda en los espacios correspondientes, hasta la forma en la que coloca el tapete sobre el suelo para trabajar.

Estas lecciones pueden parecer extrañas porque se realizan casi silenciosamente, mientras generalmente se piensa que las lecciones significan explicaciones orales, casi un pequeño discurso. Estas señas sin palabras son verdaderas lecciones. Muestran al niño como se tiene que sentar, como debe levantarse, como debe transportar una mesita o una charola portando vasos con agua, como moverse ligeramente y con seguridad. ¿No les parece que también estas son lecciones? También el silencio es una lección. Con este ejercicio enseñamos al niño a estar sentado, inmóvil y lo acostumbramos a conservar esta posición hasta que una ligera voz susurra su nombre. Guiamos su atención a los movimientos más imperceptibles de su cuerpo, de manera que él sepa gobernarlo perfectamente. La maestra no logrará jamás enseñar esta tranquilidad con las palabras, sino solo con la propia tranquilidad y seguridad. En un cierto sentido podemos decir que la lección de la tranquilidad es un símbolo de nuestro método de enseñanza. Es de esta forma que se enseña todo, hasta conocerse a través de la palabra.

En nuestras escuelas el ambiente mismo le proporciona lecciones al niño. La maestra debe relacionar al pequeño con el ambiente, mostrándole como se usa cada objeto.

En otros métodos esto no sucede. Se escuchan órdenes. La maestra le ordena a los niños: <¡Quédate quieto!> <¡Cállate!> ¿Son éstas palabras que educan? Nosotros, por el contrario, no creemos en el poder educativo de la palabra y de las órdenes, buscamos cautelosamente guiar su

actividad natural, casi sin que él se dé cuenta. Nos muestra los resultados positivos de nuestro esfuerzo, adquiriendo nuevas capacidades y perfeccionándolas con el ejercicio asiduo, hecho por iniciativa propia. El hecho de obedecer una orden presupone ya la formación de la personalidad. En otras palabras, el niño debería haber adquirido desde antes la facultad de poder reaccionar como nosotros queremos. Por eso tenemos que hacerlo ejercitarse en la obediencia, porque dándole órdenes no se obtendrá jamás. Con mucha frecuencia se escuchan recomendaciones de la maestra de piano: <¡Posiciona bien los dedos!> sin haberle mostrado al alumno como los debe poner. Sucede entonces que el alumno vuelve a poner los dedos incorrectamente y la maestra vuelve a repetir la misma observación y el alumno continua a posicionar los dedos incorrectamente sobre el teclado.

Es necesario anticipar a la orden algo más esencial: en el desarrollo del alma infantil ya se ha formado un cierto orden, que le permite al pequeño ser capaz de someterse al adulto y obedecerle. Este estado de obediencia es alcanzado por el niño sin ninguna ayuda, ejercitándose arduamente. Antes de que esto suceda no es posible ni pensar en ayudarlo. La enseñanza oral vendrá más tarde.

Es cierto que la palabra se debe enseñar. Esto nos conduce a la enseñanza que corresponde al patrimonio de las palabras del niño y a su manera de comunicar.

Por lo regular las maestras sin experiencia le dan gran importancia a la enseñanza y creen de haber hecho todo una vez que han mostrado el material del modo más conveniente. En realidad están muy alejadas de la realidad, porque la tarea de la maestra es mucho más importante. A ella le corresponde guiar el desarrollo del alma infantil y por esa razón su observación a los niños no debe limitarse únicamente a aprender a conocerlos. Todas las observaciones deben mirar (y esta es la única justificación) la meta de poder ayudar a los niños.

La tarea de la maestra novata es muy complicada. Quisiera recordar algunos principios que le podrán ayudar. Antes que cualquier otra cosa

ella debe saber reconocer la polarización de la atención. Cuando el niño está sumergido en su gran trabajo, la maestra debe respetar esta concentración y no debe romperla ni con cumplidos ni con correcciones. Muchas maestras se han posesionado superficialmente de este principio. Una vez que el material ha sido distribuido se retiran y se mantienen en silencio, no importa qué pueda suceder. Se consigue un gran desorden en la clase. El respeto de la actividad del niño que se comunica con la no intervención, se justifica solamente cuando suceda un fenómeno sustancial; es decir, cuando él haya adquirido la facultad de recoger toda su atención en un objeto y se haya dedicado a trabajarlo, una vez que el objeto haya despertado su interés (no su curiosidad). El respeto no es justificado cuando las energías positivas infantiles se dispersan en el desorden. Una vez vi un grupo de niños desordenados que utilizaban mal todo el material. La maestra vagabundeaba lentamente por toda el aula, silenciosa como una esfinge. Le pregunté si no sería mejor que los niños salieran al jardín a saltar. Entonces pasó de niño en niño susurrando a cada uno una palabra en su oído. Le pregunté qué estaba haciendo, a lo que contestó que hablaba suavemente ¡para no interrumpirlos!

Esta maestra estaba cometiendo un gravísimo error. Tenía miedo de interrumpir el desorden, en lugar de dar las instrucciones para ayudar a reestablecer el orden que favoreciera la actividad individual de cada niño.

En una ocasión una maestra me hizo esta observación: <Usted quiere que se respete la concentración infantil de la misma forma en la que se respetaría a un científico o a un artista. Pero entonces, ¿por qué dice que es necesario interrumpir a los niños que en lugar de trabajar están jugueteando con el material didáctico?> Es verdad, es necesario respetar la actividad intelectual del niño de la misma forma en la que se respeta la inspiración de un artista, dándole más importancia a la inspiración que al artista mismo. Si por ejemplo, entro en su estudio y lo veo fumando y jugando a las cartas, claro que no me importará distraerlo. Es más hasta me atrevería a interrumpir su juego de cartas, pedirle que apague la pipa, e invitarlo a dar un paseo para disfrutar del sol.

Nuestro método no aconseja el respeto a los defectos o a la superficialidad. Su base esencial está en poder reconocer la diferencia entre las condiciones físicas del niño que puedan ser favorables para su salud espiritual (que nosotros podríamos llamar el bien) y otras, que no pueden construir nada, no pueden ser formativas, o es más, dañan su desarrollo, mermando inútilmente sus fuerzas (a esto lo podríamos llamar el mal)

Nos gustaría que esta distinción llegara no solo al corazón de las maestras, sino también al de las madres.

La maestra puede llamarle la atención al niño con severidad y energía y sacarlo de su desorden, pero quien conoce bien su vocación posee mejores medios para obligar al niño a mantener el orden. Sin lugar a dudas hace falta observar y trabajar continuamente; la maestra tiene que vigilar y preparar el ambiente. ¡Es mucho más fácil regañar y amenazar! En cambio su tarea no es fácil: requiere mucha compenetración y mucho amor.

La maestra se tiene que ocupar del ambiente del niño así como la esposa cuida de la casa por amor al marido. Pero no basta: la maestra debe conocer qué le pasa al niño, tiene que embellecer con sus manos la “cuna” del alma que está tomando forma.

Ejercitándose en la observación, la maestra terminará por tener una visión clara de la tarea que le corresponde.

El orden y el desorden infantil, así como los sucesos que se obtienen de ellos, dependen muy frecuentemente de la observación de los particulares más insignificantes, pero solo con el ejercicio se llega a tener un resultado satisfactorio.

Fácilmente podemos dar un ejemplo para demostrar como un error aparentemente pequeño, puede tener consecuencias. Imaginemos una casa con tinas de baño. Si los inquilinos de esta casa utilizan las tinas como depósito de carbón no podrán utilizarlas además de dañar la casa y el mobiliario. No podrán utilizar las ventajas de tener tina y poder darse

un baño, todo esto por un error aparentemente pequeño. En donde se esperaban grandes resultados, nada podrá ser obtenido. En lugar del orden se habrá creado el desorden.

La habilidad de la maestra está guiada por la aplicación de las bases de nuestro método. Si se basa absolutamente en nuestro método, encontrará ayuda para luchar contra todas las pequeñas dificultades y podrá obtener grandes resultados.

El camino es el mismo para todo perfeccionamiento, también para el perfeccionamiento moral. Saber vencer un pequeño pecado, que puede ser perdonado, no quiere decir alcanzar la perfección. Pero aquella alma que logra librarse de las debilidades, se puede elevar y, mientras supera estos defectos, deja que las fuerzas positivas desarrollen toda su energía. Es de este modo que se superarán poco a poco las pequeñas dificultades.

Debemos ayudar al niño a liberarse de sus defectos sin hacerle sentir su debilidad.

El adulto y el niño

En la actualidad, el movimiento de la educación es tan universal que no solo es responsabilidad de quienes se dedican a ello, sino que se extiende y forma parte de uno de los problemas sociales más grandes. Se entiende que el progreso civil no puede avanzar únicamente por medio de nuevas aplicaciones prácticas de la ciencia, que han transformado el ambiente exterior, pero aún más mediante las aplicaciones prácticas de la ciencia dirigida para ayudar al hombre mientras se desarrolla: el niño. Es por eso que las ciencias que surgen en la actualidad entorno a la educación se interesan no sólo los mismos científicos y los educadores, sino que también los padres y el público en general. Todos conocen los dos elementos alrededor de los que gira la pedagogía moderna: uno es estudiar y formar la individualidad, es decir conocer a cada niño y sus propias características, para dirigirlo de acuerdo a sus propias tendencias; el otro, es el de dejarlo en libertad.

De todos es sabido que la realización de las prospectivas de la nueva pedagogía ha encontrado obstáculos difíciles de superar: de ellos proviene el hecho que la ciencia pedagógica ha soportado una enorme cantidad de problemas. De hecho la palabra problema se ha convertido en una característica en este ámbito de investigaciones: se escucha hablar de problemas de la escuela, problemas de la libertad problemas de los intereses y del esfuerzo, etc.; mientras que en otras ramas de la ciencia se escucha hablar de leyes: la ley de la propagación de la luz, la ley de la gravedad, etc. En la ciencia los problemas son generalmente la parte escondida a la que no se le da importancia, lo que comienza a ser parte de la ciencia y el descubrimiento de la solución de los problemas. En cambio, en el campo de la pedagogía experimental moderna, parece que salir del estado de problema significa salir del campo científico, por lo que se considera científico el hecho de buscar. Quien dice: he resuelto todos los problemas de la pedagogía, he hecho descubrimientos sobre el alma humana, he puesto a la educación sobre un terreno simple y seguro, no parece una persona que pueda ser considerada seriamente en el medio científico. De hecho, existen contrastes entre la libertad del estudiante y la

necesidad de hacerlo estudiar según los programas establecidos, o, en su caso, la obligación del trabajo necesario para adquirir la cultura; entre el desarrollo de la individualidad y la necesidad de la vida social: ya que en la sociedad humana existen estrechos inevitables para el individuo, que debe adaptarse no solo a las necesidades imprevistas, frecuentemente difíciles, pero también a los límites morales señalados por la misma estabilidad del consorcio civil; y esto debe suceder sacrificando, en un grado más o menos extenso, la individualidad. Tratándose del niño parece inevitable que deba sufrir la obligación escolar: pero se desearía que la disfrutara; necesariamente se fatigará pero no debería cansarse. Es imperativo que deba obedecer, y sin embargo se desearía que fuera libre. Estos deseos, confrontados con las necesidades reales de los hechos, son el origen de los problemas de la educación. Los intentos de los científicos se resuelven casi en una serie de lamentaciones del adulto, que contempla una fatalidad amenazante sobre el niño. De hecho, todas las reformas de la escuela moderna tienen la tendencia a aliviar males inevitables, como por ejemplo la disminución de los horarios, el aligerar los programas, los intermedios obligatorios de reposo y de educación física: remedios que resultan en un último análisis en perjuicio de del progreso cultural.

De cualquier modo, la solución de dichos problemas no puede ser un compromiso; es necesaria una reforma real, capaz de trazar nuevos caminos a la educación que hasta ahora ha seguido por un camino sin salida.

La ciencia aplicada a la educación no ha sabido encontrar un camino feliz, mientras que en otros campos se han hecho descubrimientos luminosos y útiles a la vida humana. En nuestro campo, la ciencia se ha limitado a la búsqueda de los fenómenos exteriores. Para usar un término médico, diríamos: <La ciencia ha tratado una cura de los síntomas, sin tener en cuenta de buscar si algún error central imperceptible, no haya sido la causa de los fenómenos exteriores>

En medicina se sabe que los síntomas más diversos pueden provenir de una sola causa central, capaz de determinar innumerables fenómenos, que

sería en vano tratar de combatir uno por uno: por experiencia un desorden funcional del corazón podría generar síntomas diferentes en todos los órganos y sería en vano tratar de curar cada uno de estos síntomas, mientras basta reestablecer las condiciones normales del corazón, para que los síntomas desaparezcan inmediatamente. Otro ejemplo lo encontramos en las enfermedades psíquicas estudiadas por el psicoanálisis, en las que se puede enfrentar ante tales complicaciones de sentimientos y de ideas que resulta un verdadero caos de fenómenos incomprensibles, que provienen de construcciones sucesivas causadas por un solo motivo escondido en el subconsciente. Cuando, sondeando el subconsciente se ha encontrado el motivo escondido, todo se vuelve comprensible y los fenómenos desaparecen o dejan de tener importancia.

Los problemas de la educación, de los que hablábamos hace unos momentos, pueden compararse a los fenómenos exteriores, irreducibles por si mismos, porque se derivan de una causa central no percibida, una causa que (se podría decir) yace en el subconsciente social de toda la humanidad.

Nuestra obra pedagógica ha quedado fuera del procedimiento sintomático de la educación actual y ha seguido su propio camino de investigación que le ha permitido encontrar la causa central de la que se derivan estos efectos hasta ahora irreducibles. Se ha ganado esta causa y todos los problemas han desaparecido.

Ahora, los llamados problemas de la educación especialmente aquellos que se relacionan a la individualidad, el carácter, el desarrollo de la inteligencia, tienen origen en el conflicto permanente entre el adulto y el niño. Los obstáculos que el adulto le pone al niño son numerosos y graves, mientras más se dirige el adulto hacia el niño, más peligrosos se hacen, casi se arma contra él, con derecho, con la ciencia, con la voluntad de dirigirlo según las propias convicciones. Por lo tanto, el adulto más cercano al niño, como la madre o el educador, es el punto que representa el peligro máximo para la formación de la personalidad infantil. La cuestión de este conflicto primitivo entre el fuerte y el débil, no se trata

solamente de la educación, sino que se refleja en la vida psíquica del hombre, ando la llave de muchas psicopatías y anomalías del carácter y del sentimiento; por eso, la cuestión es de orden universal o mejor dicho cíclica, pasando del adulto al niño y del niño al adulto.

El primer paso para resolver integralmente el problema de la educación, no debe ser hecho hacia el niño, sino hacia el adulto educador: hace falta aclarar su conciencia, desnudarlo de mucho preconceptos: al final, cambiar su postura moral. En este primer paso le sigue otro de prepararle al niño un ambiente apto a su vida y sin obstáculos. El ambiente puede ser determinado por la guía de una única persona: el niño, quien mientras es liberado de la necesidad de tener que luchar contra los obstáculos, comienza a manifestar sus características superiores, sus tendencias más altas y más puras de creador de una personalidad nueva. En estos dos pasos se cumple la preparación necesaria del fundamento: la de resolver en un cambio de orden moral tanto del adulto como del niño. De hecho, habiendo preparado un ambiente proporcionado al niño y habiéndolo expuesto a la libre elección de los motivos de actividad, el niño en la calma del trabajo ha comenzado a mostrar características que no habían sido reconocidas antes. El ambiente adecuado a las necesidades más elementales y evidentes de la vida espiritual que un ambiente revelador de actitudes, que en el niño habían quedado secretas, ocultas: porque en el conflicto con el adulto se habían desarrollado solamente las características de defensa y de represión. Existen, por lo tanto, dos personalidades psíquicas en el niño: la natural y creativa, que es superior, y la de la adaptación forzada que es inferior y que tiene el carácter agudo y los contornos de la lucha de un débil atacado por un fuerte. El nuevo dato que es el resultado de este orden de cosas es que se ha convertido en un faro de luz que guía en el camino de la educación, es la figura del nuevo niño: esa ha sido la revelación, se puede decir, el <descubrimiento> psicológico que ha guiado la nueva educación. El nuevo niño demuestra, junto con la desenvoltura de sus actos, confianza en sí mismo, valor, se presenta dotado aquella fuerzas morales que son de orden social, el mismo tiempo desaparecen los defectos que en vano se había tratado de destruir con la educación, es decir, el capricho, el espíritu de destrucción la mentira, la

timidez, el miedo y en general todas aquellas características que están unidas a un estado de defensa. Junto al nuevo niño, el adulto que está en comunicación con él, es decir el maestro, ha asumido una orientación del todo nueva: ya no es el adulto-potencia, es el adulto humilde y se ha convertido en siervo de la nueva vida. Habiéndose presentado esta experiencia cardinal, ya no es posible discutir sobre la educación si no se determina antes la base de la discusión: es decir, hablar del niño sometido a la potencia-adulto y puesto en permanente estado de defensa cuando no ha ganado en la represión o si se habla del niño liberado de la potencia-adulto y puesto en condiciones de vida normal que le permitirán de manifestar sus características creativas.

En el primer caso, el adulto mismo es la causa de las dificultades que crea sin tener conciencia, y contra las que combate, encontrándose <en la selva de los problemas sin solución> En el segundo caso el adulto ha tomado conciencia de su error y se ha puesto en la posición justa con respecto al niño: entonces encuentra frente a él un camino plano, fácil y luminoso; un nuevo mundo pacífico y lleno de maravillas.

En este segundo camino se puede iniciar la ciencia de la educación. El concepto de ciencia de hecho presume la verdad encontrada o descubierta: una seguridad que sirva de pedestal a su proceder y necesita una guía segura y determinada que es en ocasiones un método de investigación y en otras un control a los posibles errores del procedimiento. Y bien, esta guía de precisiones ha sido indicada por el niño: le pide al adulto-siervo que lo ayude de esta forma: <Ayuda a hacerlo yo solo>

De hecho el niño se desarrolla en su ambiente por actividad propia, es verdad, necesita los medios materiales, de dirección y de conocimientos indispensables: ahora es el adulto que tiene que proveer a estas necesidades inherentes al desarrollo. El adulto tiene que dar lo necesario para que el niño pueda desenvolverse por él mismo: si da menos de lo necesario, el niño no puede actuar útilmente, si el adulto da más de lo que se necesita, y por lo tanto se impone o sustituye al niño, apaga sus impulsos laboriosos. Existe una intervención determinada: hay un límite

perfecto que se tiene que alcanzar que se podría llamar: “el umbral de la intervención”

Esta determinación se hace cada vez más precisa, poco a poco, mientras la experiencia aumenta siguiendo la guía y llega a esclarecerse en modo cada vez más exacto la relación necesaria entre la personalidad del adulto educador y la del niño.

La actividad del niño se desarrolla en relación con material, es decir, a objetos y cosas determinadas científicamente y puestas a su disposición en el ambiente. En este particular está la solución del problema relacionado con la adquisición de la cultura, que consiste no solamente en limitar la intervención del adulto, sino que sustituye las antiguas enseñanzas del maestro con un material que le permitirá al niño adquirir por si mismo el conocimiento necesario, siguiendo sus propias necesidades de desarrollo. Cada niño tiene libre albedrío de su propia actividad, se desarrolla siguiendo sus necesidades creativas más íntimas y profundas y progresa en la instrucción: así se realiza el desarrollo de la individualidad basándose en un ejercicio que conduce a la adquisición de la cultura. El maestro permanece en la tarea de director y guía, solamente una ayuda, un servidor, mientras la personalidad infantil se desarrolla por su propia fuerza, ejercitando sus actividades.

Muchas aclaraciones de gran importancia se han derivado de estas experiencias, y construyen poco a poco sobre una línea de ciencia pedagógica de claridad cristalina. Una de ellas es que no solamente la intervención de los adultos tiene límites, sino que también lo tiene el material, y en general todo el ambiente. Puede ocurrir que existan deficiencias o exhuberancias de material, las dos opciones son nocivas para el desarrollo normal del niño: la falta de material causa interrupción y el exceso lleva a la confusión y dispersión de energías. Para aclarar este concepto se puede recorrer a hechos análogos: por ejemplo la alimentación. Se sabe que la falta de alimento puede conducir a la desnutrición, pero un exceso causa envenenamiento y predispone a innumerables males. Es bien sabido que un exceso de alimento no

revigoriza, sino que debilita; pero hubo un tiempo en que se creía que se era más sanos y más felices si se comía copiosamente. Corrigiendo este error, llegaron determinaciones cada vez más precisas sobre la cantidad y la calidad del alimento, es decir, la ciencia de la alimentación se orientó hacia una conciencia precisa de los límites. Hoy en día, aquellos que han comprendido la idea que el material es la llave de la educación individual, piensan que es mejor dar grandes cantidades de material, sin un orden sistemático, sin ningún límite. Estas personas se pueden comparar a los que en épocas pasadas pensaban que se alcanzaba la mejor prosperidad física comiendo sin límites. La comparación es perfecta en los dos casos porque se trata de alimentos del cuerpo y alimentos del espíritu. También la elaboración de los medios físicos de desarrollo, es decir del material, tiende a reconocer los límites cada vez más exactos, capaces de procurar el pleno desarrollo, la máxima actividad espontánea. Es hacia a figura del nuevo niño donde se guían esas determinaciones.

El nuevo niño se revela ya desde los primeros meses de su nacimiento.

Queda muy claro que si estábamos habituados a considerar como hechos psicológicos utilizables en la educación solamente los relacionados con la conciencia y aquellos expresados por el lenguaje, entonces la educación del niño pequeñísimo quedaría completamente descuidada. La convicción de que no se pudiera hacer nada por él más allá de los cuidados higiénicos, ha escondido hechos de primera importancia. Pero una preparación del adulto para recibir las manifestaciones psíquicas en lugar de sofocarlas, ha puesto en claro que la vida psíquica de los niños es mucho más intensa y precoz de cuanto se había pensado. Esto ha hecho relevar con claridad que la vida psíquica del niño pequeñísimo y sus esfuerzos por relacionarse con el ambiente externo preceden por mucho al desarrollo motor así que se tiene un espíritu vivo y necesitado de ayudas y de cuidados psíquicos, cuando todavía el gran sistema motor o funciona y el lenguaje o se ha desarrollado. Por lo tanto, existe en el niño una dualidad, un contraste funcional entre la vida psíquica y la vida motora: a diferencia de los animales inferiores en los que el instinto anima al movimiento ya desde el momento del nacimiento. El hombre debe construirse el gran instrumento

a través del que el alma debe revelarse y actuar: eso hace pensar en una superioridad característica del hombre: debe animar con su *yo* al complicadísimo aparato de los movimientos, porque querrá servirse según la propia individualidad. Por esto el hombre se construye a si mismo: con la finalidad de poseerse y de dirigirse. Así vemos al niño moverse continuamente, debe construir la acción en relación con el espíritu paso a paso. Mientras el adulto actúa empujado por el pensamiento, el niño se mueve para construir una unidad de pensamiento y acción. Esta es la llave de la personalidad en su desarrollo.

Aquellos que le impiden al niño el movimiento, ponen obstáculos a la construcción de su propia personalidad. El pensamiento entonces se desarrolla independientemente de la acción: la acción obedece a las órdenes de otra persona, y es ahí que el movimiento no responde a la propia alma. Así que el carácter es despedazado, y permanece la discordia interior que debita el ánimo. Este hecho de formidable importancia para el avenir de la humanidad, debería ser considerado en primer lugar en la educación tanto en la familia como en la escuela.

El niño está espiritualmente más elevado de lo que suponemos. Con frecuencia sufre no por trabajar mucho sino por sentirse forzado a un trabajo indigno de él. El interés del niño se dirige hacia un esfuerzo adecuado a su gran poder intelectual y a la dignidad de su persona. En miles de escuelas en todas partes del mundo, se han visto los nuevos niños trabajar alrededor de cosas que no se habrían creído capaces de hacer. De hecho, los niños pequeños han mostrado la posibilidad de trabajar por largo rato sin cansancio, de concentrar la atención en modo de abstraerse del mundo externo, revelando los movimientos constructivos de su personalidad. En lo que se refiere a la cultura, se han mostrado singularmente precoces: los niños de cuatro años y medio han aprendido a escribir, y han escrito con entusiasmo y gusto, tanto, que a este fenómeno lo hemos definido como *explosión de la escritura*.

En la edad precoz, toda la instrucción se cumple con facilidad, sin dejar cansancio, porque se trata de actividades espontáneas.

Observando a estos niños floridos en la salud, tranquilos, desenvueltos, sensibles, llenos de amor y de alegría, listos siempre a ayudar a los demás, reflexionamos en cuántas energías humanas se desperdician por un error radical y primitivo. Pensamos en una culpa inmensa, se siembra la injusticia en las mismas raíces de la humanidad; pero más que de una culpa, se trata de un colosal error inconsciente. Es el adulto quien provoca en el niño sus incapacidades, sus confusiones, sus rebeldías; es el adulto que troza el carácter del niño y le reprime sus impulsos vitales. Es el adulto mismo que se afana en corregir los errores, las desviaciones psíquicas, el relajamiento del carácter que él mismo ha producido en el niño. Ahí se encuentra en un laberinto sin salida, en un fracaso sin esperanza. Hasta que el adulto no tome conciencia de su inadvertido error, y no se corrija, la educación será para él una selva de problemas sin solución. Sus niños se vuelven al mismo tiempo hombres, que serán víctimas del mismo error, que se transmite de generación en generación.